EL REPERTORIO MODERNO
GALERÍA DRAMÁTICA

EL SECRETO A VOCES

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

REFUNDIDA

POR D. EMILIO ALVAREZ

MADRID.—1873
AGENCIA TEATRAL DEL REPERTORIO MODERNO
OFICINAS
Teatro Español, calle del Príncipe

EL SECRETO A VOCES

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

REFUNDIDA

POR D. EMILIO ALVAREZ

MADRID.—1873
AGENCIA TEATRAL DEL REPERTORIO MODERNO
OFICINAS
Teatro Español, calle del Príncipe

Personajes.		Actores.
FLERIDA.	Sra.	Perez.
LAURA.	Srta.	Mendoza.
FLORA.		Dominguez.
FEDERICO.	Sr.	Morales.
ENRIQUE.		Mela.
LISARDO.		Maza.
ARNESTO.		Altra.
FABIO.		Garcia.

Acompañamiento.

Imp. de M. G. Hernandez, San Miguel, 23.

ACTO PRIMERO.

Jardin con rompimiento de árboles en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, ENRIQUE y FABIO.

FED. Ya que de mí te has fiado
para venir con secreto
á ver á Flérida bella,
podrás desde aqueste puesto
retirado...

ENR. Ay, Federico,
cuánto á tus finezas debo!

FED. Más debo yo á tus favores,
pues tal confianza has hecho
de mí.

ENR. Es verdad que de nadie
la hiciera.

FED. No hablemos de esto,
no entienda aqueste criado
quién eres.

FAB. (Por más que intento
saber qué huésped es este,
que nos ha venido haciendo
misterios, sin ser rosario,
sin ser cura, sacramentos,
no es posible.)

FED. En tu servicio
á todo me hallo dispuesto.

ENR. Medios tienes de ocultarme
en palacio?

FED. Sí los tengo.

ENR. Seguro de todos?

FED. Sí.

ENR. Dónde?

FED. En mi propio aposento.

ENR. En palacio habitas?

FED. Y es
el menor favor que debo
á Flérida mi señora.

ENR. Guarde tu ventura el cielo.
Que tanto te favorece?

FED. Tanto, señor, que no encuentro
palabras con qué espresar
su favor; y me avergüenzo
tanto más de poseerle,
cuanto que no le merezco.

ENR. Qué dices?

FED. Que ingrato soy
á sus bondades. Mas esto
no es para ahora: en palacio
estás; mira, observa atento,
y cuando entiendas mi pena,
tú disculparás mis yerros;
y sí harás, pues que los dos
de igual mal adolecemos.

ENR. Pienso que no; pienso que es
diferente mal el nuestro.

FED. Qué te trae á Parma?

ENR. Amor
me trae.

FED. Pues amor tengo.
ENR. Mas pagado el tuyo miras,
mientras el mio contemplo
combatido por desdenes
que en vano vencer intento.
Yo amo á Flérida; su imágen
vive grabada en mi pecho;
tras ella voy, y huyo de ella;
su amor busco, y su amor temo;
por ella aliento y espiro,
por él vivo y por él muero.
Yo era feliz; yo vivia
de pompa y riqueza lleno,
de inmensas dichas cercado,
de altivos lauros cubierto,
en la regalada paz
de mis amigos y deudos,
tan amante de mis súbditos
como bien amado de ellos.
Flérida es mi norte; Flérida
es el fin de mis deseos.
Por ella huyo mi ducado
de Mántua, y á Parma vengo;
y amor, familia, amistad,
honores, riqueza, afecto,
todo lo inmolo á su amor,
todo por ella lo pierdo.
FED. No dudo que la victoria
corone al fin tus deseos,
pues tan alta empresa, digna
es de tu esforzado pecho.
Yo, en tanto, guardo en el mio
dudas, inquietudes, celos;
muchas son tus esperanzas,
pocos mis merecimientos.
Tu nombre es ilustre y grande,
el mio oscuro y modesto;
tú eres, en fin, duque, y yo
nada valgo, nada tengo.
ENR. Pues tú eres feliz.

FED. Qué dices?
ENR. Convénzate un argumento.
—Estaba un almendro ufano
al ver que su pompa era
alba de la primavera
y mañana del verano;
y viendo su sombra vana
que el viento en penachos mueve
hojas de púrpura y nieve,
aves de carmin y grana,
tanto se desvaneció,
que, Narciso de las flores,
empezó á decirse amores,
cuando un lirio humilde vió,
á quien vano dijo así:
«Flor, que magestad no quieres,
no te desmayas y mueres
de envidia de verme á mí?»
Sopló en esto el austro fiero,
y desvaneció cruel
toda la pompa que á él
le desvaneció primero:
vió que caduco y helado
diluvios de hojas derrama,
seco tronco, inútil rama,
yerto cadáver del prado.
Volvió al lirio, que guardaba
aquel verdor que tenia,
y contra la tiranía
del tiempo se conservaba,
y díjole: «venturoso
tú, que en un estado estás
permaneciente, jamás
envidiado ni envidioso.
Tu vivir solo es vivir;
no llegues á florecer,
porque tener que perder
solo es tener que sentir.»
FED. Aplicado el cuento, yo
prosigo con otro tal;

oye lo que á una caudal
águila le sucedió:
esta, que con nuestras graves
es, sin fatigado aliento,
en los imperios del viento
reina de todas las aves,
quiso que la esfera octava
hija del sol la presuma,
y siendo bajel de pluma
ondas de fuego surcaba.
Llegó á la region dorada,
y con sedientes desmayos,
anhelante por los rayos
del sol, medio desmayada
se volvió á la tierra, y vió
que ninguna ave podia
seguir el vuelo que habia
intentado, y dijo: «yo
sola penetré en la esfera
de diamantes guarnecida,
y muriendo de atrevida,
no moriré, cuando muera;
pues cuando rayo deshecho,
y cometa desasido,
Fénix del sol, baje herido
de rayos de luz mi pecho,
al despeñarme, al morir,
al abrasarme, al caer,
todos no podrán hacer
que ahora deje de subir;
pues este aliento atrevido
que hasta el sol pudo llegar,
el caer no ha de quitar
la gloria de haber subido.»

ENR. Propio es de tí el argumento.
Quién viene?

FED. Flérida.

ENR. Oh!

(Enrique desaparece. Federico se retira al fondo con Fabio.)

FAB. (De mí se guardan; pues yo
no los dejaré un momento.)

ESCENA II.

FLERIDA, LAURA, DAMAS, FEDERICO y FABIO en el fondo.

LAUR. Que no consiga tu alteza
vencer tal melancolía!
FLER. Nada basta, Laura mia,
á disipar mi tristeza.
Ni á mi altivo aliento cede,
ni con tu afan se mitiga.
LAUR. Buena estás, Dios te bendiga.
FLER. Mira tú cómo estar puede
quien tantas penas recibe,
que no tiene gusto en nada,
y siempre desazonada
y melancólica vive;
quien de si misma enemiga
á sí misma se aborrece;
quien una pena padece
incapaz de que se diga;
quien con eternos enojos
ha de celar sus agravios
del aliento de los lábios
y las lenguas de los ojos.
LAUR. Del mal que te rinde así,
qué va á que adivino yo
la causa?
FLER. Pienso que no.
LAUR. Quieres que la diga?
FLER. Dí.
LAUR. Mal que es fuerza que se calle
y que te trae disgustada,
de tus ojos descuidada

y enemiga de tu talle;
mal que á entristecer te obliga,
y te obliga á enmudecer,
cuyo efecto puede hacer
que se sienta y no se diga;
mal que es mi propio dolor,
pues repite satisfecho
sus efectos en mi pecho,
solo ha de ser uno: amor.

FLER. Calla, Laura; ¡qué locura!

LAUR. Pues, señora...

FLER. Nécia estás;
no me hables en eso más.

LAUR. (Fué mi observacion segura.)

(Federico baja al centro de la escena.)

FLER. Federico en aquel lado
está.

LAUR. Quién, señora? (¡Oh!)

FLAR. No ves?

LAUR. Yo... señora... yo...
ni aun lo habia reparado.

FLER. No te vayas.—Federico.

FED. Señora, guárdeos el cielo.

FLER. (Su presencia me intimida;
déme amor atrevimiento.)
Cuya aquella letra es
que en dulce y pausado metro
llegó antes á mis oidos?

FED. Mia, señora.

FLER. Siempre advierto
que en los tonos que me cantan,
y me dicen que son vuestros,
os quejais de amor.

FED. Soy pobre.

FLER. Para amar, ¿qué importa serlo?

FED. Para merecer importa;
y así veis que no me quejo,
señora, de que no amo,
sino de que no merezco.

FLER. Tan bajo sujeto amais,

Federico, que está atento
al interés?

FED. No esta en él
de ese defecto, el efecto.

FLER. Pues en quién?

FED. En mí.

FLER. Por qué?

FED. Porque á decir no me atrevo
mi amor, no digo yo á ella,
á sus padres, ni á sus deudos,
pero á una humilde criada,
á una esclava suya, puesto
que amante que no entra dando
puede mal entrar pidiendo.

FLER. Amor que tan desvalido
se confiesa, bien el dueño
publicar puede, pues no
llega á ofender el respeto;
y así extraño, Federico,
que amando y no mereciendo
nadie sepa á quien amais.

FED. Está tan en mi silencio
mi amor guardado, señora,
que mil veces he resuelto
enmudecer, porque alguno
de mis callados afectos
disfrazado no se salga
entre las voces envuelto.
Tan sagrado en mi atencion
mi amor vive, que aun mi aliento
examino, cuando entra
en las cárceles del pecho
de á dónde viene, porque
juzgo sospechoso al viento,
y no quiero que ni aun él
sepa quién vive acá dentro
tan oculto.

FLER. Singular
modo de amar es el vuestro.

FED. Qué quereis? Sella mis lábios

la gratitud, el respeto.
Callada vive mi pena
en la cárcel de mi pecho,
que á alguien así satisfago
y á alguien contándola ofendo.
Grande es mi temor, mayores
mis dudas, mi amor inmenso,
inestinguible...

FLER. Ya basta,
que andais muy culto y muy nécio.
Pues cómo hablando conmigo
hablais con tantos estremos
en vuestro amor? Olvidais
quién soy?

FED. Pues quién tiene de eso
la culpa: vos preguntando,
señora, ó yo respondiendo?

FLER. Vos, respondiéndome más
de lo que pregunto.—Arnesto?

ARN. Qué es lo que mandais, señora?

FLER. Dad á Federico luego
dos mil ducados de ayuda
de costa, porque con ellos
grangear pueda á las criadas
de su dama; que no quiero
que en fé de su cobardía
me hable otra vez poco cuerdo,
y teniendo allá el temor,
tenga aquí el atrevimiento.

LAUR. (A Flérida reservadamente.)
Notables desigualdades
tiene tu tristeza.

FLER. Estremos
mios son estos.

LAUR. (Ay, quién
no llegara á conocerlos!)

FLER. Quién es?

ARN. Lisardo, señora.

ESCENA III.

FLERIDA, LAURA, FLORA, DAMAS, FEDERICO, ENRIQUE, LISARDO, ARNESTO, FABIO, acompañamiento.

LIS. Un bizarro caballero,
á lo que ha dado á entender
del duque de Mantua deudo,
dice que le des licencia,
señora, de darte un pliego.
FLER. Oh! Cuánto el duque de Mántua
me cansa con mensajeros.
ARN. Por qué, si el duque es, señora,
tu más igual casamiento?
FLER. Sin conocerle, me inspira
aversion.
ARN. En cambio, es cierto
que él te conoce, y aun más:
qne esclavo vive, sospecho,
de tu hermosura; esta es
la voz que corre á lo ménos
en sus Estados; él trata
de vencer tu rigor fiero
con mensajes.
FLER. Sí? Pues pierde
el duque de Mántua el tiempo.
ENR. Turbado, señora, y ciego
llego á tus plantas, que son
ya de mis fortunas puerto.
FLER. De la tierra alzad.
ENR. El duque,
mi señor, con este pliego
á tí me envia.
FLER. Su Alteza,
cómo está?
ENR. Dijera muerto

de amor, á no darle vida
la esperanza con que...

FLER. Quedo,
que nada os pregunto yo
sobre ese punto; yo leo
con vuestra venia.

ENR. (Mintió
el pincel, que fué bosquejo
de su hermosura, y quedóse
corto el encarecimiento.)
(Hablando aparte con Arnesto.)

LIS. Ya, señor, envió mi padre
los poderes.

ARN. Yo me huelgo
que hayan venido.

LIS. De Laura
seré al fin dichoso dueño.

ARN. Laura es mi hija y prima tuya,
y obediente á mis preceptos,
tu esposa ha de ser.

LIS. Señor.....

FED. (La duquesa está leyendo,
Arnesto y Lisardo hablando,
déme amor atrevimiento.
(Aparte á Laura.)
Y el papel, dí?

LAUR. Ya está escrito.

FED. Cómo recibirle puedo?

LAUR. No traes guantes?

FED. Sí.

LAUR. Yo el mio
dejaré caer al suelo,
y entonces tú.....

FED. Comprendido;
con tu guante el mio trueco.

LAUR. Y hallarás dentro el papel.)

FLER. Dice el duque en este pliego
cuán cercano deudo suyo
sois, y le importa teneros
de Mántua ausente unos dias,

mientras se compone el duelo
de no sé qué desafío
en que el amor os ha puesto.

ENR. Es verdad, que mi delito
es de amor, y por él vengo.

FLER. Pues yo mpararos en Parma
por él y por vos ofrezco;
y así, desde hoy, en mi córte
podeis quedaros; yo luego
al duque responderé.

ENR. Guarde tu hermosura el cielo,
por quien el duque.....

FLER. No más,
y mirad lo que os advierto:
que mientras en Parma esteis,
no me habeis de hablar en esto,
sino cuando yo os hablare.

ENR. Vos vereis que os obedezco.

FLER. Y porque escribir podais
al duque en qué me divierto,
que no dudo que traereis
alguna instruccion de hacerlo,
vosotras tomad lugares
á esta parte, y vos, Arnesto,
proponed una pregunta.

ARN. Aunque mis canas pudieran
escusarme, no lo harán
por ver que así te divierto.
—Cuál es mayor pena amando?

FLER. Responded vos el primero.

ENR. Yo?.....

FLER. Sí, por huésped os toca.

ENR. Complacerte es mi deseo.
La de ser aborrecido
que es la mayor pena entiendo.

LIS. La del celoso es mayor.

FED. Yo dijera que los celos
son mayor pena, si no
fuera mayor la que siento.

FLER. Más siente quien sin hablar

vive callando y sufriendo.

LAUR. Más quien ama y es amado.

FLER. Argumento será nuevo
defender que es pena, Laura,
amar siendo amado.

LAUR. Eso
han de decir las razones.

ARN. Pruebe cada uno su intento.

ENR. Pues el del aborrecido
me ha tocado á mí, yo empiezo.

FAB. (Aquí es donde dice más
necedades el más cuerdo.)

ENR. El amor es una estrella
que influye dicha ó rigor;
luego la pena mayor
de amor, es amar sin ella.
El que de una ingrata bella
aborrecido ha vivido,
contra su estrella ha querido;
ya no hay mayor desconsuelo:
pues lo que no quiere el cielo
quiere el que es aborrecido.

LIS. El que aborrecido amó
y el que aborreció, tuvieron
un mal que ellos padecieron
porque el cielo se les dió;
el que ama celoso, no,
pues se le causa un dichoso
de quien él vive envidioso,
este es mayor desconsuelo,
pues lo que hay de un hombre al cielo
hay de los dos á un celoso.

FED. El que aborrecido adora,
amando á quien aborrece,
al fin gratitud merece
de la dama por quien llora;
y aun tal vez su mal mejora
con la esperanza que alcanza
de que en ella haya mudanza;
luego á estar probado viene

que mayor tormento tiene
el que no tiene esperanza.

FLER. Quien sin esperanza vive,
ya por lo ménos declara
no tenerla; y cosa es clara
que hablando, alivio recibe.
Quien á callar se apercibe,
y solo á su amor previene
un silencio donde pene,
más dolor, más pena alcanza;
pues que ni tiene esperanza,
ni dice que no la tiene.

LAUR. El que ama y es amado,
siempre vive temeroso;
tal vez discurre dichoso
cuándo será desdichado;
tal se juzga despojado
de las dichas que merece,
y á aborrecerlas se ofrece;
luego tiene el que es querido
despechos de aborrecido,
é iras de quien aborrece.
Si tiene celos, los cielos
lo digan; pues el que amó
siendo amado, ya se vió
de sí mismo tener celos;
un punto que sus desvelos
no tenga su bien presente,
como por siglos lo siente;
luego tiene el más dichoso
escrúpulos de celoso
y sobresaltos de ausente.
Si desesperado está,
sus dichas lo dicen bien;
¿qué tendrá que esperar quien
no tiene que esperar ya?
El callar pena le dá,
porque en su gloria se halla
razones con que esplicalla;
luego al querido le altera

el dolor de quien espera
y la pena de quien calla.

FLER. Esos son, Laura, sofismas
con que ha querido tu ingenio
ostentarse aquí, que no
razones de fundamento.

LAUR. Claro está; que mal pudiera
siendo el principal objeto
de amor ser amado. Mas
aun probara yo...

FLER. No es tiempo.
Me espera el despacho; adios.
Laura, ven.

(Laura deja caer al suelo un guante y Federico y Lisardo acuden á cogerle.)

LAUR. Guárdeos el cielo.

FLER. Qué es eso?

LAUR. El guante...

FED. Aquí está.

LIS. Yo le alzaré.

FED. Yo primero.

LIS. Dadme aquí.

FED. He de ser yo;
tomad, señora. (Dando á Laura el guante.)

FLER. Qué es esto?
Ved que no he de consentir
que en tan atrevidos términos,
en presencia mia, nadie
ose levantar del suelo
el desperdicio más fácil,
el más casüal trofeo
de ninguna de mis damas;
y agradeced que no muestro
mi enojo más que en decirlo
esta vez.

FED. (Logré mi empeño.)

FLER. Vamos, Laura; (yo pondré
á estos desmanes remedio.)

ENR. Federico, adios; despues
te he de buscar.

Fed. Hablad quedo.
Enr. Quédome en palacio?
Fed. Id
á mi cuarto.
Enr. En él espero.
Fab. Todavía secretitos?
Vive Dios que no me avengo
á estos desaires, y es fuerza
que sorprenda estos secretos
para mi satisfaccion;
y para contarlos luego.

ESCENA IV.

FEDERICO y FABIO.

Fed. Oh! cuánto que me dejasen
solo contigo agradezco,
pues tendré lugar de leer
este papel.
Fab. Si no pierdo
mi entendimiento aquí, es por
no tener entendimiento
Fed. De qué te admiras?
Fab. De qué?
De tu flema; pues teniendo
este papel desde anoche,
hasta ahora no le has abierto.
Fed. Sabes qué papel es este?
Fab. Sea el que fuere, es bien cierto
que desde ayer le has tenido
guardado.
Fed. No.
Fab. Cómo es eso?
Señor, si no te perdí
de vista un solo momento;
nadie te le pudo dar.
Fed. Pues ahora me le dieron.

FAB. Fué este señor?
FED. No.
FAB. Entonces
harásme perder el seso.
Trájole algun nigromante?
FED. No le trajo sino el fuego
donde me abraso y consumo.
FAB. Fuego?
FED. Sí.
FAB. Ahora creo
que es verdad.....
FED. Qué?
FAB. Que estás loco;
y galan fantasma, has hecho
una dama duende, allá
dentro de tu pensamiento,
á quien amas mentalmente;
y así, su licarte quiero
una merced.
FED. Qué merced?
FAB. Que pues vive en tu concepto
imaginada esa dama
sin más alma ni más cuerpo
que el que tú has querido darle,
vengan sus papeles llenos
de amores y de ternezas;
que es notable desacierto
pudiendo hacerte favores,
hacerte, señor, desprecios.
FED. Retírate.
FAB. Pues qué importa
que lea?....
FED. Aparta.
FAB. Escudero
del Limbo debo de ser,
pues que ni glorio ni peno.
FED. «Señor y dueño mio:
Mucho se va acercando mi tomento,
pues forzando mi padre mi albedrío,
trata mi casamiento

con violencia tirana,
y los conciertos firmará mañana.»
Ay infelice de mí!
Fabio!

FAB. Qué?

FED. Me verás muerto.

FAB. Harás muy mal, si escusarlo
puedes, porque te prometo
que no es cosa de buen aire.

FED. Cómo puedo, cómo puedo,
si este papel es sentencia
de mi muerte?

FAB. Cómo? Haciendo
otra nota á ese papel
más apacible, supuesto
que está en tu mano.

FED. Sin vida,
sin alma á proseguir vuelvo.
Aparta.

FAB. Señor.....

FED. Aparta.

FAB. Haráse más con un negro?

FED. «Y así, aunque se aventure
de nuestro amor el infeliz secreto,
en lo que hemos de hacer es bien procure
hablaros esta noche, á cuyo efeto
tendrá el jardin la reja prevenida,
y antes que os pierda, perderé la vida;
en cuya fé, pediros solo trato
las ferias me pagueis de aquel retrato.»
—Hay hombre más venturoso?
Fabio, Fabio!

FAB. Qué tenemos?
No te mueres ya?

FED. Ya vivo.

FAB. Ves si fué bueno el consejo?
No hay cosa como quererse
uno á sí mismo.

FED. Contento,
desvanecido y ufano,

hablar esta noche puedo
con la hermosura que adoro.
Viste más feliz suceso?
Y el duque de Mántua allí
me espera.

FAB. Quién?

FED. Quita, nécio.
Y más áun, cuando Laura
pide que nos concertemos
esta noche en el jardin.
Fabio, estoy loco!

FAB. Lo creo.

FED. Sígueme.

FAB. Voy.

FED. No me sigas.
Qué ventura, qué contento!
Laura mia, Laura amada!
Mi vida, mi bien, mi dueño!

FAB. Loco está como los locos;
y no me admiro de verlo
tan loco á él, como de verme
tan alelado y tan necio
á mí, que.....

ESCENA V.

FABIO y FLORA.

FLOR. Fabio?

FAB. Eres tú, Flora?
Qué hay?

FLOR. Buscándote vengo;
su alteza te llama.

FAB. A mí?

FLOR. Sí, Fabio.

FAB. Para qué efecto?

FLOR. No lo sé; mas quiere hablarte.

FAB. Su alteza á mí? Santos cielos!

Qué fuera si se atreviese
á decir su pensamiento?
FLOR. En su cuarto estuvo.....
FAB. Hola!
FLOR. Y un papel ha escrito.....
FAB. Bueno;
y tú no sabes?.....
FLOR. No sé.....
FAB. Pues yo lo sé.
FLOR. Tú?
FAB. Y bien cierto.
FLOR. Pues dí, qué esperas?
FAB. Diria,
si me guardaras secreto.
FLOR. Guardaré.
FAB. Pues sabe, en fin,
que su mal es.....
FLOR. Dilo presto.
FAB. Que está de mí enamorada,
y mis desaires temiendo,
no se atreve á declararse.
FLOR. Quita allá!
FAB. Pues si no es eso,
será otra cosa.
FLOR. Aquí está.
FAB. (Quién se chupara ese huevo.

ESCENA VI.

FABIO y FLERIDA.

FLER. Llamaste, Flora, al criado?
FLOR. Aquí, señora, te espera.
FLER. Pues aguarda tú allá fuera.—
Ya conmigo habeis quedado.
FAB. Sí, señora, y nada ingrato
me hallareis; sepa en qué puedo
serviros, y hablad sin miedo,

que fácil soy y barato.
Muy poco habeis menester
cansaros en conseguirme.

Fler. Vos, Fabio, habeis de decirme
una cosa, que saber
pretende mi autoridad,
porque importa á su decoro
de una sospecha que ignoro
averiguar la verdad;
tomad aquesta cadena.

Fab. Sí haré por cierto, y no ignoro
que por ser vuestra, y de oro,
en estremo ha de ser buena.
Si es hablar yo el conseguillo,
hecha está la gracia de ello,
que más que vos por sabello
me muero yo por decillo.
Pues tal condicion me dió
el cielo, que no quisiera
que otro ninguno supiera
los secretos, sino yo;
porque otro ninguno fuese,
cuando secretos guardase,
quien á todos los contase,
quien á todos los dijese;
porque aunque es santo, prometo,
el secreto singular,
yo nunca pude guardar
la fiesta de San Secreto.
Porque te le diga á ti
me das prendas lisonjeras,
cuando porque me le oyeras
yo te diera el alma á tí.
Que en fiera rabia me inflamo
muchas veces, por no hallar
con quién poder descansar
murmurando de mi amo.
Por hablar rabiando estoy;
preguntad.

Fler. Quién es la dama

á quien Federico ama?

FAB. Desdichado hablador soy;
pues una cosa, no más,
señora, que yo he ignorado
es la que habeis preguntado.

FLER. Si no le dejais jamás,
cómo es posible que no
lo sepais?

FAB. Piensa, señora,
que cuando él mismo lo ignora,
cómo he de saberlo yo?

FLER. Tan oculta estar su pena
no pudo.

FAB. Pues siendo así,
contádmela vos á mí,
y tomad vuestra cadena;
porque, en efecto, señora,
sin que á nadie su amor fie,
él á sus solas se rie
y él á sus solas se llora.
Si recibe algun papel,
no vemos quien se le dá,
ni sabemos á quien vá
si acaso le escribe él.
Solo hoy es el dia que más
de su amor llegué á entender,
pues acabando de leer
un papel, que Barrabás
debió de darle, hoy me espera,
dijo, en la tiniebla oscura,
una divina hermosura
para hablarme.

FLER. De manera
que esta noche se han de hablar?

FAB. Si amor pendencias no entabla
con que se quiten el habla.

FLER. Y no has logrado indagar
en qué sitio ha de tener
lugar la cita?

FAB. Sí tal;

si no he comprendido mal
en palacio se han de ver.

FLER. Pues mirad lo que ahora os mando:
vos habeis de procurar
con cuidado averiguar
quién es la dama, espiando
cuanto haga, y venidme á ver,
que desde aquí os doy licencia
para entrar en mi presencia.

FAB. Gentil-hombre de placer
se llama, si no me engaño,
esta merced que me haceis.

FLER. Y porque nunca dudeis
de dónde el provecho ó daño
os viene, todo es de mí,
si servís, Fabio, el provecho,
y el daño, si vuestro pecho
dice á nadie lo que aquí
hemos hablado los dos.

FAB. Un mudo miron no dudo
que seré, si hay miron mudo.

FLER. Id con Dios.

FAB. Quedad con Dios.

ESCENA VII.

FLERIDA, sola.

Loco pensamiento mio;
Qué tirano imperio tienes
en mí, que á quitarme vienes
los fueros del albedrío?
Tanto de mí desconfio
que ha de postrarme un temor?
Aquí, aquí de mi valor;
aquí de mí misma, cielos!
Mas ¡ay! que callar no puedo con celos;

basta que pueda callar con amor.
Ellos se han de ver!.... Mas cuándo?
Y dónde?..... Suplicio horrendo!
Y he de estar yo padeciendo
lo que ellos están gozando?
Pues no ha de ser; logren cuando
yo no lo sepa el favor,
que sabido será error
no estorbarle; piedad, cielos!
mas ¡ay! que callar no puedo con celos;
basta que pueda callar con amor.

ESCENA VIII.

FLERIDA y FEDERICO.

Fed. Estas cartas, gran señora,
tiene que firmar tu alteza.

Fler. (Valor, ingenio y grandeza,
todo es menester ahora.)
Guardad las cartas con vos,
Federico, que despues
las firmaré: que ahora es
más necesario, por Dios,
que á mi servicio acudais
en otra cosa que importa
más que eso.

Fed. Qué es?

Fler. Que una corta
jornada esta noche hagais.

Fed. Esta noche?

Fler. Sí; aquí os doy
la carta, que sin tardar
vos mismo habeis de llevar.

Fed. Ya conoceis cuánto estoy
con suma solicitud
siempre deseando el empleo
de vuestro servicio: hoy creo

que de mi poca salud
la ocasion darme podrá
disculpa para pediros
que.....

Fler. Ninguna he de admitiros.
Breve la ausencia será;
mañana estareis aquí,
y advertid que de vos fio
no menos que el honor mio;
no hay que escusaros, y así,
tomad, y ved que al instante
os tengo de ver partir:
y otra vez vuelvo á decir,
que á quien soy, es importante
que vais á llevarla vos.
El sobreescrito dirá
para quién y á dónde vá;
tráeme respuesta, y adios.

ESCENA IX.

FEDERICO, FABIO.

Fed. Qué haré, que mi amor no debe
deslucir la lealtad mia?

Fab. Señor, es muy largo el dia?

Fed. Es el diablo que te lleve!

Fab. Qué hay, señor?

Fed. Pena cruel!

Fab. Qué sucede?

Fed. Ten el lábio
y preven dos postas, Fabio.

Fab. Ha venido otro papel
por el fuego ó por el viento?

Fed. Una carta vino.

Fab. Hay más
de enmendarla, y quedarás

como una páscua contento?
Vuélvela otra vez á leer,
y mejora tu querella.
FED. Aun el sobrescrito de ella
no me he atrevido á leer.
FAB. Léele, á ver si contradice
á lo que primero fué.
FED. A donde me envia veré.
Al duque de Mántua, dice:
ya es otra mi confusion;
sin duda que ha conocido
al duque, y que así ha querido
de la sigilosa accion
con que en casa le he ocultado
dárseme por entendida,
pues me previene ofendida
que esto á su honor ha importado:
de un riesgo en otro cayendo,
loco pensamiento vas!
FAB. Enmendóse?
FED. Cuanto más
lo miro, ménos lo entiendo.
FAB. Viene en cifra?
FED. Qué tormento!
FAB. Como la que uno escribió
en guarismo?
FED. Qué se yo!
FAB. Si no lo sabes, va el cuento:
—De una dama era galan,
un vidriero que vivia
en Tremecén, y tenia
un grande amigo en Tetuan.
Pidióle un dia la dama
que á su amigo le escribiera
que una mona remitiera;
y como siempre quien ama
se desvela en conseguir
lo que su dama le ordena,
por escojer una buena,
tres ó cuatro envió á pedir.

El tres ó cuatro escribió
en guarismo el majadero;
y como es allí la *0* cero,
el de Tetuan leyó:
«Amigo: para personas
á quien tengo voluntad,
luego al punto me enviad
trescientas y cuatro monas.»
Hallóse afligido el tal;
pero mucho más se halló
el vidriero, cuando vió
contra su frágil caudal
dentro de muy pocos dias
apearse con estruendo
trescientas monas, haciendo
trescientas mil monerías.
Si te sucede lo mismo
lée sin ceros, pues es llano
que una mona en castellano
son cien monas en guarismo.

FED. Calma los cielos me dén,
pues que en mi daño se emplean.

FAB. No hay remedio de que sean
ménos las monas?

FED. Quién, quién
en el mundo se habrá visto
en igual duda; qué haré?

ESCENA X.

FEDERICO, ENRIQUE, FABIO.

ENR. Qué es lo que teneis?

FED. No sé
cómo mis dudas resisto.

ENR. Hablad bajo. (Recatándose de Fabio.)

FAB. (Esto no puedo

sufrir; guardarse de mí!
En toda mi vida ví
hombres que hablasen más quedo.)

ENR. Buscándote voy.

FED. Qué pasa?

ENR. Dí tú.

FED. Habla tu primero.

ENR. Salir con tu ayuda quiero
de esta inquietud que me abrasa.
Cerca de Flérida estoy,
y mi amorosa impaciencia
me lleva ahora á su presencia
á declararla quién soy.

FED. No harás tal.

ENR. Pues templa, calma,
quítame esta idea loca;
haz que no asome á mi boca
el incendio de mi alma;
no me dejes.

FED. No te dejo.

ENR. Aconséjame.

FED. Ahora no;
espera, que tambien yo
necesito tu consejo.

ENR. Sobre qué?

FED. Sobre esta carta.....

ENR. Qué?

FED. Calla.

FAB. (De mí los dos
se reservan; vive Dios
que ya es mi paciencia harta!)

FED. Que amante rendido y ciego
adoro á Laura no ignoras;
mas celado á todas horas,
jamás con Laura á hablar llego;
y es tal de Flérida bella
el capricho singular,
que siempre á Laura ha de hablar
y siempre ha de andar con ella.
En tan crueles estremos,

Laura celada, yo más,
Flérida entre ambos, jamás
comunicarnos podemos.
Cuando loco de contento
logro una cita, ay de mí!
Flérida me ordena aquí
que he de partir al momento.
Con esta carta me envia
para tí.

ENR. Para mí?

FED. Cierto;
sin duda te ha descubierto.

ENR. Ya es otra la inquietud mia.

FED. Qué hacemos ahora?

ENR. Vamos
adentro, aquí no lo hablemos,
pues en la carta veremos
la obligacion en que estamos.
Si se dá por entendida,
el descubrirme será
la respuesta, y si no está
de quién yo soy advertida,
(que puede ser sea aquesta,
ignorando que aquí estoy,
otra cosa) escribiendo hoy,
dar mañana la respuesta.

FED. Dices bien; y cuando yo
que lo diga ó no lo diga,
otra cosa no consiga
por ahora, más que no
hacer ausencia este dia,
daré por bien empleado
todo el disgusto pasado
no faltando á la fé mia;
porque si para vos fué
la carta, no hay culpa en mí,
puesto que á vos os la dí,
donde quiera que os hallé.

ENR. Sus designios manifiestos
en esta carta vendrán.

FED. Sígueme, Fabio.

FAB. Estarán,
señor, los caballos puestos?

FED. Sí, Fabio, porque aunque yo
no me ausente, importa hacer
la deshecha.

FAB. Qué placer
es este?

FED. Amor lo dirá.

FAB. Ya alegre?

FED. De qué te espantas?

FAB. De nada; pues sé que ha sido
haber la cifra entendido,
y no ser las monas tantas.—
Tras ellos voy; yo he de oir
cuanto digan.....—Laura..... Oh!
Laurita sola..... A que no
tarda Flérida en venir?
Pues tal es la mala estrella
de esta principal señora,
que va trás sus damas ahora;
no sus damas detrás de ella.

ESCENA XI.

LAURA.

Qué perezoso es el dia
de una esperanza! Parece
que se le olvida á la noche
la jurisdiccion que tiene,
pues tan despacio sus sombras
sobre la tierra se estienden.
Que no hayamos de poder
hablarnos, sin que nos cerquen
aborrecibles espías,
testígos impertinentes,

que siempre al paso nos salen
y nos embarazan siempre?
Aquí, en fin...—mas la princesa.

ESCENA XII.

LAURA, FLERIDA.

FLER. Que así de mi amor te alejes,
Laura?
LAUR. Entre tus damas iba,
y un instante adelantéme.
FLER. Yo al punto noté tu falta.
LAUR. Estimo el favor de haberme
echado ménos, señora;
pero un pequeño accidente
me retiró, y aunque de él
mal el alma convalece.....
FLER. Pésame que de tu ausencia
tu salud la causa fuese,
y huélgome de que ya
restablecida te sientes;
porque te he menester, Laura,
esta noche, y así puedes
avisar de que conmigo
te quedas.
LAUR. Señora, advierte.....
FLER. Qué he de advertir? No lo ha hecho
esto el cariño mil veces?
Hágalo la conveniencia
una, que á tí solamente
puedo fiar un secreto.—
LAUR. A tu servicio me tienes.
FLER. Vosotras dejadnos solas;
(Las damas se retiran al fondo.)
y ahora tú, Laura, atiende.
Yo he sabido que un amante,

no sé cómo te lo cuente,
ha recibido un papel
en que una dama le ofrece
hablarle esta noche.

LAUR. (Qué oigo!)

FLER. Y aunque sé el galan quién fuese,
quién fuese la dama ignoro.

LAUR. (Eso sí.)

FLER. Y saber conviene
cuál de ellas por esas rejas
que al terreno caen, se atreve
á profanar del decoro
las nunca violadas leyes.

LAUR. Harás muy bien, porque es
grande atrevimiento ese.

FLER. No es justo por mi persona
bajar yo, ni era decente;
y así de tí, hermosa Laura,
me he de fiar, pues tú eres
en quien mi imaginacion,
por más que discurra y piense,
no ha osado poner la sombra
del escrúpulo más leve.

LAUR. Pues qué mandas?

FLER. Que has de ser,
bajando una y muchas veces
al jardin aquesta noche,
centinela diligente
de mi honor, reconociendo
á la que en su esfera encuentres;
y no te parezca Laura
que es decoro solamente.
Conocer de Federico
anhelo.....—su nombre es este,
dicho está;—saber deseo
qué dama le favorece.

LAUR. No solo iré como mandas
al jardin una mil veces,
pero hasta el amanecer
estaré en él muy alegre,

por ver que en esto te sirvo.
FLER. Mi prima y mi amiga eres,
mi honor y gusto te fio,
cordura é ingenio tienes;
mas no tengas mis cuidados,
no mis dudas te desvelen,
no mis inquietudes sientas,
no mis amarguras pruebes,
no mis pesares te opriman,
y no mi afan te atormente;
y entiéndelo, Laura mia,
tú allá como tú quisieres,
que yo dire que lo siento
del modo que tú lo sientes.

ESCENA XIII.

LAURA sola.

Válgame Dios! qué de cosas
á mi discurso se ofrecen
tan atropelladas, que
las unas de otras pendientes,
queriendo acabar con todas
no hallo una por donde empiece.
Quiero hablar con Federico,
pues es preciso que muestre
ó su voz ó su deseo,
si me obliga ó si me ofende.—
Oh, tú, ameno jardin,
centro de mis dichas breves,
quien voluntaria venia
á tu ameno sitio fértil
á repetir los amores
de tus flores y tus fuentes,
á tus fuentes y á tus flores
forzada y mandada viene

con cuidado y con desvelo,
á ver quién es el que aleve
esconde el áspid de celos
que en el corazon me ofende.

ESCENA XIV.

LAURA y FEDERICO.

LAUR. Quién llega?..... No es Federico?...
fuerza es que dude y que tiemble
el corazon..... quién es?
FED. (A media voz.) Yo.
LAUR. Estoy sin vida!
FED. Qué temes?
LAUR. Si alguien nos observa....
FED. Nadie.
LAUR. Que, en fin, eres tú?.... que vienes
solo?....
FED. No me lo preguntes,
bella Laura, si no quieres
que ya mis seguridades
en desconfianzas trueque.
Quién puede ser sino yo?
LAUR. No te admires, no te quejes
de que yo te desconozca,
puesto que tan otro eres
del que yo te imaginaba.
FED. De qué suerte?
LAUR. De esta suerte.
La duquesa, Federico,
en este sitio me tiene
para ver quien te ha llamado;
de que bien claro se infiere
que tú dices mis favores,
y que ella tambien los siente.
FED. Yo tus favores publico?

LAUR. Pues qué otro que tú ser puede?
FED. Plegue al cielo, Laura mia.....
mia dije!.... No me alegues
que yendo á decir verdades
por una mentira empiece;
que los cielos me destruyan,
que un rayo me dé la muerte,
si de mi pecho ha salido
ni aun el acento más leve
que mi secreto profane.
Qué más desengaño quieres
que ser tú de quien se fie?
Fuera de que, cómo puede
decir que aquí estés por mí,
si ella ahora me juzga ausente?
LAUR. Ya sé que de mí te aleja,
y gustoso la obedeces.
FED. Yo gustoso?
LAUR. Cómo no,
si te colma de mercedes?
FED. Laura....
LAUR. Si huyes de mí, y ella
á tu lado se halla siempre?
FED. Mira....
LAUR. Si de tí confia
tantos secretos.....
FED. Advierte.....
LAUR. Que ya en su alma, Federico,
mejor que en la mia lees?....
FED. Mas yo.....
LAUR. Tú te engries.
FED. Laura.....
LAUR. Si eres hombre, al fin.
FED. Me ofendes.
LAUR. Pues qué mal hay en que tú
la sigas y á mí me dejes?
FED. Yo, Laura.....
LAUR. Pues no eres, dí,
su secretario, y á veces
su íntimo consejero,

su más regalado huesped,
su médico y confesor.....
qué se yo lo que tú eres?....

FED. Yo con Flérida gustoso?
Contigo yo indiferente?
Yo contigo desleal?
Que tal digas?.... Que tal pienses?....
A buen sagrado te acojes,
Laura; con razon más fuerte
pudiera quejarme yo
esta vez.

LAUR. Razon no tienes.

FED. No me barajes mis quejas,
pues más fundamento tienen
en Lisardo, cuanto va
de verdadero á aparente.

LAUR. Yo con Lisardo?

FED. Pues quién
sino tú y mi estrella aleve?
No se conciertan tus bodas?
no han llegado los poderes?
no te lo ordena tu padre?
y tú, dí, no le obedeces?
Pues qué más quieres que tenga
que sentir, dí, qué más quieres?
Para qué ahora conmigo
tiempo ni palabras pierdes?—
Este es mi retrato, Laura,
solo á ser testigo viene
ya de mis celos; qué miras?
en el engaste parece
al de un retrato que tú
me enviaste, cuando alegre
me miraba la fortuna,
porque en esta parte fuese,
si no igual la joya, igual
la caja que le guarnece.
Tómale, y solo te pido,
si llegas casada á verte,
te guardes de él, que aun pintado,

no sufrirá que le afrentes.
LAUR. Ay, Federico! ay, mi dueño!...
FED. Ay, Laura! ay, mi bien ausente!
LAUR. Qué miras?
FED. Viéndote estoy,
que no sosiego sin verte.
Que, en fin, ay, Laura, te casas?
LAUR. No me caso, pero quieren
que me case mis desdichas.
FED. Quien ama, todo lo vence.
LAUR. Es verdad; pero tambien
todo quien ama lo teme.
FED. Pues para qué me escribiste,
Laura, que antes de perderme
habias de perder la vida,
que mi retrato trajese
á trocarle con el tuyo?
LAUR. No habia el inconveniente
que hay ahora.
FED. Pues qué temes?
LAUR. Nada; yo conjuraré
nuestros males.
FED. Cómo puedes?
LAUR. Procurando que ninguno
nos atienda, ni nos cele;
fingir intento á Lisardo
amor.
FED. Es darme la muerte.
LAUR. No temas, tu vida es mia,
y soy yo quien la defiende.
FED. Pero qué intentas?
LAUR. Cegar
los ojos que nos observen;
que Flérida, no tan solo
á su lado me detiene,
sino que vigila todas
mis acciones; de esta suerte,
escribir quiero á Lisardo
un papel.
FED. Que eso pretendes?

LAUR. Déjame á mí, que yo sé
lo que á entrambos nos conviene.
Yo, Federico...—mas calla;
que alguien se acerca parece.

FED. Qué vá que ibas á decirme
algo que bien me estuviese,
pues que viene quien lo estorba?

LAUR. Que soy tuya eternamente
iba á decir, y lo digo

FED. Pues venga ahora quien viniere.

LAUR. Fuerza es separarnos ya;
y solo es lo que te advierte
mi voz, Federico, ahora,
que hay muchos que nos atienden.

FED. Hay más que desconcertarlos
á todos?

LAUR. Pues de qué suerte?

FED. Yo te escribiré mañana
una cifra, con que puedes
hablar delante de todos
conmigo solo, sin que entren
en sospecha, ni la tengan
cuantos se hallaren presentes.

LAUR. Paréceme que será
el secreto á voces ese.

FED. Pon cuidado en abrir sola
la carta que te trajeren.
Cuándo á hablarnos volveremos?

LAUR. Pronto. (A media voz.)

FED. (Lo mismo.) La vida me vuelves.
Un instante más.

LAUR. No puedo.
gente llega.

FED. Nadie viene.

LAUR. Adios, Federico, adios.

FED. Ven, escucha. (Dirigiéndose hácia Laura, siempre á media voz.)

LAUR. (Desde lejos y en voz muy baja.) Calla, véte.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala en palacio.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, FABIO.

FAB. Que esto un hombre honrado sufra!
FED. Pues, Fábio, de qué te quejas?
FAB. Yo no me quejo de nada;
pero hagamos, señor, cuentas
del tiempo que te he servido,
que si cada hora me dieras
lo que no me das cada año,
juro á Dios no te sirviera
una hora más.
FED. Pues por qué?
FAB. Porque traigo esta cabeza
mareada de discurrir,
y no hay en el mundo hacienda
para pagar un criado
que discurre, y más en temas

tan varias como tú tienes.

Fed. Cómo así?

Fab. De esta manera:
Fábio, yo me muero; Fábio,
solo este dia le queda
hoy de vida á mi esperanza;
voy á que el entierro venga
por tí; no vayas, que ya
no me muero; que esta negra
noche, es dia para mí;
sea muy enhorabuena;
Fábio; señor; ven acá;
llego; Fabio, vete fuera;
Fábio, escucha; Fábio, no oigas;
Fábio, salte; Fábio, entra;
Fábio; señor; luego al punto
me he de ausentar, adereza
dos caballos; ya lo están;
ya no me ausento, mas vengan:
ponte en uno; ya lo estoy;
qué hemos andado? Una legua;
pues volvamos; pues volvamos;
no hay ausencia? No hay ausencia;
vete á casa, no me sigas;
y tantas impertinencias
de chismes y secretillos,
que el demonio que te entienda.
Y, en fin, yo no quiero dueño
que no siendo papa, tenga
casos á sí reservados.

Fed. Yo contigo uso reserva?
Fábio amigo, siempre tuve
en tí confianza completa;
nada reservo de tí.

Fab. Para el diablo que te crea.

Fed. Si mis penas te esplicara.....
más tú qué entiendes de penas?

Fab. Eso segun y conforme;
mas vamos señor á cuentas:
qué causa tu pena?

FED. Amor.
FAB. Tontería manifiesta;
bien haya yo que en mi vida
quise bien.
FED. Que tal confiesas?
FAB. Sí, mas no es todo virtud.
FED. Pues qué será?
FAB. Conveniencia.
Jamás traté yo en amor,
ni daré nunca en tal tema;
porque cualquiera mujer
tiene mil impertinencias.
Si es hermosa, yo no puedo
sufrirla por su soberbia,
y ella no puede sufrirme
por la mia, si es que es fea:
entre si es puerca, ó si es limpia,
hay la misma controversia;
pues si es limpia, tiene asco
de mí; de ella yo, si es puerca;
y con si es discreta ó boba,
en pié la duda se queda,
señor, que si es boba, es boba,
y si es discreta, es discreta.
Y en efecto, en las mujeres
que sepan, ó que no sepan,
si piden, hacienda no hay
con que tenerlas contentas,
y si no, porque no piden
para darles no hay hacienda.
Si dan, raro contingente,
que estas son pocas y viejas,
con un lienzo, entienden que
no regalan, sino mercan.
Si guarda fé, es perdurable;
no hay sino salirse afuera.
Si no la guarda, tambien,
que á nadie ofendido deja.
Si es doncella, es un delito
en que no vale la iglesia,

pues antes la iglesia es
tribunal de su sentencia.
Si es casada, y el marido
es duro, todo es pendencia;
si es blando, todo regalo,
pues han de comer él y ella.
Si es viuda, á cualquiera riña
del malogrado se acuerda;
si es soltera, no es segura,
porque en efecto, es soltera;
si es mujer de obligaciones
quiere que yo se las tenga,
y lo que hace por su gusto
me lo pone á mí en la cuenta:
si no lo es, á cualquier toma
me da un pesar, y es bajeza
que no valga más mi gusto
que lo que al otro le cuesta.
Sea, en fin, fea ó hermosa,
puerca ó limpia, aguda ó nécia,
pida ó no pida, dé ó tome,
fiel á mí, ó fácil me ofenda,
sea en efecto casada
soltera viuda ó doncella,
todas traen su inconveniente;
y así en las cartas primeras
de todas me voy, que no hay
ninguna que me convenga.

FED. Quién tuviera tus cuidados!
FAB. Quién los tuyos no tuviera!
FED. Tú los mios?
FAB. Sí señor.
FED. Calla, que viene su alteza;
ven conmigo hacia esta parte,
que no quiero que me vea
aquí contigo, pues que
ignora aún que estoy de vuelta.
Y mira, que otra vez digo
que de ninguna manera
nadie sepa que esta noche

yo no hice de Parma ausencia.

Fab. Calla, señor; pues yo habia
de contar cosa como esa?
Quita allá! (Rabiando estoy
porque Flérida lo sepa,
por tres razones: la una
regalar aquesta lengua,
las dos vengarme de tí,
y las tres servirla á ella.)

ESCENA II.

LAURA y FLERIDA.

Fler. En fin, Laura, no bajó
nadie á la apacible esfera
de este jardin?

Laur. Cuántas veces
quieres que lo diga?

Fler. Esta,
esta nada más.

Laur. Pues digo
que fué vana diligencia,
que nadie bajó al jardin;
de suerte que tus sospechas,
si no es contra mí, señora,
no hay otra de quien las tengas.

Fler. Sí hay, Laura; porque muy fácil
es que la dama supiera
que esta noche Federico
hacia de Parma ausencia,
y no bajase al jardin;
mas por lo ménos me queda
el gusto de que estorbé
que, en fin, se hablaran y vieran.
Mas, calla, Laura; no es
Federico este que llega?

Laur. El es, señora.

FLER. A fé mia,
que pronto ha dado la vuelta.

ESCENA III.

FLÉRIDA, LAURA, FEDERICO y FABIO.

FED. Dame, señora, á besar
tu mano.
FLER. Con tanta priesa,
Federico, habeis venido?....
FED. Es veloz la diligencia
del que sirve con deseo.
FAB. Sí, señora; y una legua
que hay de aquí á Mántua.
FED. Qué dices?
FAB. Decir quise una docena.
FLER. Traeis carta del duque?
FED. Pues
habia de venir sin ella?
FAB. (En mi vida ví mentir
con más gentil desvergüenza.)
FED. Esta, señora, es la carta.
FLER. (Suya es; mi venganza es cierta.)
FAB. (En voz baja á Federico.)
Qué carta es esta?
FED. Del duque.
FAB. A mí tambien me la pegas?
FLER. (Cambiando con Laura miradas de inteligencia.)
Y cómo os ha ido?
FED. Tan bien,
segun, señora, desea
el amor con que yo os sirvo
emplearse en vuestra obediencia,
que os prometo que en mi vida
noche he tenido más buena.
FLER. Yo lo creo así; veamos
qué dice el duque.

FED. (Aparte con Laura, quien habrá pasado al lado de Federico cuando Flérida se adelanta á leer.)
Ten.
LAUR. Venga.
FED. Si nos viese.....
LAUR. No hay cuidado;
ya para hacer la deshecha
traigo otra aquí prevenida.
FAB. (Por la que lee Flérida, de quien no aparta la vista.)
Dios mio, qué carta es esa?
FLER. «De las honras y mercedes
que hace á Enrique vuestra alteza,
y á mí en que su secretario
me trajese la respuesta
estoy tan agradecido,
que no es posible que pueda
el alma desempeñarse
jamás de una y otra deuda;
y más cuando se halla el alma
á la obligacion atenta
de una esclavitud.....»—(No más,
que esto es ya de otra materia.)
Bien servida, Federico,
estoy de la diligencia
que habeis hecho.
FED. Y yo muy vano
de haber acertado á hacerla.
FLER. Cansado vendreis; id, pues,
á descansar, y dad vuelta,
firmaré aquellos despachos.
FED. Guarde el cielo á vuestra alteza.
FLER. A dónde vas, Laura; yo
dí á Federico licencia
para alejarse, no á tí.
LAUR. Contigo estoy.
FLER. No tan cerca;
espérame en esa parte.—
Oh! cuánto quedo contenta
de haber á su amor quitado
la ocasion, que aunque se queda

en pié la duda, tambien
se queda en pié la advertencia
para estorbarlo otras muchas.

ESCENA IV.

FLERIDA, FABIO.

FAB. Si todas son como esta,
por cierto que tú habrás hecho
bonísima diligencia.
FLER. Fábio.
FAB. Para hablarte estaba
esperando que se fuera,
haciendo en esas pinturas
divertido la deshecha.
FLER. Pues qué hay, Fábio?
FAB. Muchas cosas
tengo que contarte.
FLER. Cuenta:
dime si por el camino
sentia mucho esta ausencia.
FAB. Qué ausencia?
FLER. La de esta noche.
FAB. Luego tú, señora, piensas
que el ha salido de aquí?
FLER. Cómo es posible que sea
lo contrario, si del duque
trae, no solo la respuesta
firmada, pero la carta
toda escrita de su letra?
FAB. Qué sé yo, él salió conmigo;
pero á ménos de una legua
conmigo volvió.
FLER. Qué dices?
FAB. La verdad tan manifiesta,
que no hay más verdad; dejóme
en casa con la advertencia

ordinaria de que habia
de estarme encerrado en ella,
y él se fué á sus pitos flautos.

FLER. No es posible eso ser pueda.

FAB. Pues se iria á sus flautos pitos.

FLER. Sigue, y díme lo que resta.

FAB. Al amanecer volvió
dando mil alegres muestras
de venir favorecido.

FLER. De quién?

FAB. De su dama bella,
con quien la noche pasó.

FLER. Miente tu atrevida lengua.

FAB. Nunca dijo más verdad.

FLER. Pues á quién mandó que fuera?

FAB. Á nadie.

FLER. Cómo trae cartas?

FAB. Qué dificultad es esa?
Pues quien un demonio tiene
que billetes trae y lleva,
hacerle podrá tambien
que con cartas vaya y venga.
Infaliblemente aquí
hay familiar, que esta tema
mia no miente, y juro á Dios
que la verdad es aquesta,
que no ha ido, y que se ha estado
toda aquesta noche entera
con su dama.

FLER. Calla y vete.

FAB. Mira bien que te la pegan.

FLER. Dejadme ya.

FAB. Desconfia
de todos cuantos te cercan;
el primero de mi amo,
de esta Laura la primera.
Desde aquí la he visto ahora
guardar un papel, no observas?

FLER. Basta ya.

FAB. Sello mi labio.

(Válgate Dios por duquesa,
el cuidado en que la ha puesto
saber á quién galantea
Federico: él, vive Dios,
hace mal en no entenderla;
no lo hiciera ella conmigo,
que yo lo hiciera con ella.)

ESCENA V.

FLÉRIDA y LAURA.

FLER. Ven, Laura..... qué temes?..... ven.
Suspensa y turbada estás;
dónde de esa suerte vas?
LAUR. Yo..... señora.....
FLER. El labio ten.
Quién te ha escrito, Laura? A quién
escribes tú?
LAUR. Si yo no.....
FLER. Un papel guardaste..... Oh!
por qué de mí le recatas?
tan bajos asuntos tratas
que debo ignorarlos yo?
LAUR. Que tú de mí desconfias?
FLER. En tu misma queja siento
que tienen hoy fundamento
las desconfianzas mias.
Tú, que en más serenos dias
fuiste mi amiga más fiel,
hoy me maltratas cruel?
hoy mi ciego amor ofendes?
hoy me engañas, hoy me vendes?
LAUR. Yo.....
FLER. Muestra aquí ese papel.
LAUR. Pues quién en él se propasa
contigo?

FLER. Ni quién me abona
que no atente á mi persona
y al respeto de mi casa?
Yo pondré á mis males tasa;
que si contra mí no fuera
ya en mi poder estuviera;
y así, en pena tan cruel,
tengo de ver el papel.
LAUR. Le has de ver? Pues oye, espera:
aqueste papel es mio,
yo soy quien le ha escrito á fé;
lo que en sí contiene sé,
y tambien sé á quién le envio.
Yo de tu mano le fio,
mas con esta condicion:
que si lees solo un renglon,
mi lealtad has de ofender;
y si le vuelves sin leer,
creeré la satisfaccion
que tienes de mi; de suerte,
que quedar de tí ofendida
ó á tu amor agradecida
en tu mano pongo.
FLER. Advierte
que es un exámen muy fuerte,
una experiencia muy nueva
y muy rigurosa prueba,
poner al que está mortal
en los lábios el cristal,
y decirle que no beba.
Darme tú, Laura, el papel
á que en mi mano le vea
y mandar que no le lea,
es precepto tan cruel,
como fuera darle á aquel
que ya en la prision desmaya,
pisando la última raya
de la vida su afliccion,
la llave de la prision,
y decir que no se vaya.

Ver yo que á enviarle vas,
y no ver á quien le envias;
ver que á mi mano le fias
para volverle no mas,
lo mismo es, si atenta estás
á condicion tan severa,
que si desde la ribera
al que ahogándose miraras
una tabla le arrojaras,
con ley de que no la asiera.
Lo mismo es callarme aquí
lo que escribes, y querer
que lo que yo puedo ver
sin ver lo crea de tí,
que si al que ardiendo, ay de mí!
en un incendio tirano,
le persuadieras en vano
á que el fuego no apagara,
esperando que llegara
á socorrerle otra mano.
Y así, ya que en mengua mia,
se aumenta en esta ocasion
con tu estraña condicion
la desconfianza mia,
perdona, que error seria
que yo morir me dejara,
sin que del cristal probara,
sin que la prision rompiera,
sin que á la tabla me asiera
y sin que el fuego apagara.—
«Querido primo: no dudes
que yo siempre consintiera
en darte mano de esposa,
cuando no por la obediencia
que debo á mi padre, por
las mil distinguidas prendas
que en tí concurren.....»—Ay, Laura,
cuánto nos turba y nos ciega
un necio error, y contigo
qué injusta estuve, y qué necia!

Tú á Lisardo.....

LAUR. Pues yo á quién
sino á Lisardo escribiera?

FLER. Y lo ocultabas?

LAUR. Temia
enojarte; como ordenas
que nadie tenga en palacio
amantes correspondencias.....

FLER. Sí..... yo he dicho..... yo deseo.....
pero mi órden no reza
contigo, que eres mi amiga
mejor, mi fiel compañera.
Tú puedes dar y admitir
cartas..... y en siendo como esta,
puedes desde ahora enviar,
Laura mia, cuantas quieras.
Mas quizá haya entre mis damas
quien no tenga tu prudencia,
tu discrecion..... aquí quiero
que mi sentimiento entiendas:
yo te dije ayer, que habia
sabido por cosa cierta
que á Federico una dama
le habia escrito que viniera
á hablarle de noche. Yo
al principio lo hice ofensa
de mi decoro, despues
curiosidad, luego tema,
y por conocer la dama
á él le mandé hacer ausencia
y á tí que el jardin guardases;
pues sabrás que ahora me cuenta
ún espía que á su lado
anda, que..... para que veas!
no se ausentó Federico,
y toda la noche entera
con su dama estuvo hablando.

LAUR. Hay tan grande desvergüenza?
y dice la dama?

FLER. No.

LAUR. Pues, señora, no lo creas.
FLER. Ello, en verdad, tu estuviste
en el jardin, y á sus rejas
ninguna dama salió;
siendo así, pensar es fuerza
que no es su amor en palacio.
LAUR. No lo dudes; y que sea
en la ciudad es más fácil.
FLER. Pues yo he de hacer esperiencias
estrañas, hasta saber
aquesa dama quién sea.
LAUR. Qué te va, señora, en eso?
FLER. Qué me vá? Pregunta necia!
Pues mis cuidados ignoras?
No te hagas, Laura, de nuevas;
porque habiendo ya llegado
contigo y conmigo mesma
á declarar lo que siento,
qué importa que él no lo sepa?
Ya lo dije; ya fié
de tí mi inquietud, mi pena;
y adios, Laura, que no quiero
ni aun contigo tratar de ella;
que es tan grande mi altivez,
y es tan alta mi soberbia,
que no debe consentir
ni aun ignorada la ofensa.

ESCENA VI.

LAURA.

Avisar á Federico
importa de todas estas
celosas curiosidades;
mas, ay de mi! que la mesma
razon de avisarle yo,

lo será de que él entienda
los celos que tiene de él
Flérida; y no es accion cuerda
dar á entender al amante
más firme que hay quien le quiera;
porque el más humilde cobra
querido tanta soberbia,
que la dádiva del gusto
ya desde allí la hace deuda.
Pero menos esto importa,
que no que por mí lo sepan
los espias que le siguen
y los daños que le cercan.
Para avisárselo quiero
repasar primero esta
contra-cifra que me envia,
que es bien que mejor la entienda:
«Siempre que quieras, señora,
que de algo tu voz me advierta,
lo primero será hacerme
con el pañuelo una seña
para que yo me halle atento.
Luego en cualquiera materia
que hables, la primera voz
con que empieces razon nueva
será para mí, y las otras
para todos; de manera
que pueda yo juntar luego
todas las voces primeras,
y saber lo que me has dicho;
y aquesto mismo se entienda
cuando yo la seña hiciere.»
Fácil es la cifra y cuerda.

ESCENA VII.

LAURA, LISARDO.

LIS. (Tan divertida y suspensa

Laura en un papel está;
qué hay que tanto la divierta?
Oh! si leer pudiera yo
el papel sin que me viera!)

LAUR. Quién aquí?

LIS. Yo, Laura.

LAUR. Ay, triste!

LIS. De qué te turbas y alteras?

LAUR. Yo ni me altero ni turbo.

LIS. Ajado el papel lo muestra,
turbado el color lo dice.

LAUR. Entiende mejor las señas
del color y del papel,
verás que no son aquestas
de la turbacion efectos,
sino efectos de la ofensa
con que tu desconfianza
á mi estimacion atenta.
Tú á traicion, tú á hurto conmigo
cauteloso.

LIS. Laura, cesa;
que el remedio de la culpa
es apelar á la queja.
Yo, Laura, no desconfío;
y para que mejor veas
cuán confiado mi amor
está de tus nobles prendas,
sin temor de que lo encubras
te ha de preguntar mi lengua,
qué papel es ese?

LAUR. Este (**Rompiéndole.**)
es un papel que se lleva
ya el aire en breves pedazos;
porque á pregunta tan necia,
que es hija del viento, es bien
que al viento dé la respuesta.

LIS. Yo la cobraré del viento
que es á quien tú se la entregas.

LAUR. No harás tal; que aunque no importe
que le juntes y le leas,

es ya reputacion mia
castigar viles sospechas
que de mí á tener llegaste.

LIS. Mia tambien.

LAUR. Ya la lleva
el viento, y no eres mi esposo
para que á tanto te atrevas.

LIS. Soy tu primo, y soy tu amante,
cuando tu esposo no sea,
y he de juntar los pedazos.
Suelta, Laura.

LAUR. Ingrato, suelta.

ESCENA VIII.

LAURA, LISARDO, FLERIDA, ARNESTO, FEDERICO y FABIO.

ARN. Lisardo, qué ruido es este?

FLER. Laura, qué voces son estas?

LIS. No es nada.

LAUR. No es sino mucho.
(Aquí, amor, de mi cautela.)

FLER. Qué causa hay entre los dos?....

LIS. No hay ninguna, que yo sepa.

LAUR. Muchas hay; con un papel
que te dí á leer yo mesma,
no me dejaste, señora,
aquí há un instante apenas?

FLER. Sí.

LAUR. Pues sentado esto, á tí
han de apelar mis ofensas.
Y porque sepas la causa,
escucha, señora, atenta;
escuche tambien mi padre
(Laura se lleva el pañuelo á la boca.)
y cuantos contigo llegan,
que me importa que no haya
ninguno que no le entienda,

cuando ya el secreto á voces
digo que mi pecho encierra.

FED. Qué habrá sucedido, Fábio?

FAB. No sé. (Más como no sea
en razon á lo que yo
he parlado á la duquesa,
mas que sea lo que fuere.)

FED. (A su voz el alma atenta,
pues ví la seña, juntando
iré las voces primeras.)

ARN. Prosigue, Laura, qué aguardas?

FLER. Dí, Laura, no te detengas.

LAUR. Flérida, cuya beldad
há con tu ingenio igualado,
sabido es cuanto ha mostrado
ya mi afecto, mi humildad.

FLER. Es verdad; mas dónde vá
tu voz que eso advertir quieras?

FED. (Las voces dicen primeras:
«Flérida ha sabido ya.»)

LAUR. Que por tí sacar intento
de aquí mi inocencia así
no te admire, pues de aquí
te ausentaste hace un momento.

ARN. Tu voz que lo diga baste;
que así tu nombre ofendieron?

FED. (Claras las voces dijeron:
«que de aquí no te ausentaste.»)

LAUR. Y qué importa pena tal
con quien ofenderme osa?
tu dama soy; no tu esposa;
hablaste, Lisardo, mal.

LIS. Tú fuiste quien agraviaste
el justo amor de los dos.

FLER. Prosigue tú; callad vos.

FED. («Y que con tu dama hablaste.»)

LAUR. De que se me haya atrevido,
muy descortés, con accion
celosa, y sin atencion,
está mi honor ofendido.

LIS. Si un papel leyendo va,
y le rompe al querer verle.....
ARN. Hizo muy bien en romperle.
FED. «De que muy celosa está.»
LAUR. Mira lo que te apercibo:
bien puedo aquí morir yo;
en no casarme, y en no
nombrarme su esposa, vivo.
ANR. Cómo podreis disculparme
de este enojo?
LIS. Bien me aflijo.
ARN. Ea, callad!
FED. (Ahora dijo:
«mira bien en no nombrarme.»)
LAUR. Porque necio y descortés,
quien antes de ser marido
anda comigo atrevido,
contigo, qué hará despues?
LIS. Que erré, hermosa Laura, digo,
mas mis celos me disculpan.
ARN. Celos? Ellos más os culpan.
FED. («Porque quien anda contigo.....»
LAUR. Es justo atreverse, dí,
tú lo juzga, á pedir celos?
Mayor no puede haber, cielos!
enemigo para mí.
y..... ven, señor, porque más
esta pasion no le ciegue,
noche ni dia no llegue
á hablarme ó verme jamás.
ARN. No hableis, que vais á enojarme.
FLER. Quitad; ven, Laura, conmigo. (Se van.)
FED. «Es tu mayor enemigo,
y ven esta noche á hablarme.»

ESCENA IX.

FEDERICO, LISARDO, FABIO.

FAB. (Gracias á Dios que se fué

sin hablar Flérida en mí,
quedando seguro aquí
del chisme que la parlé.)

LIS. Válgame el cielo! Tan raro
delito ha sido intentar,
Federico, averiguar
cuando en un papel reparo,
lo que contiene el papel,
para mostrarse ofendida
Laura, Flérida sentida,
y su padre tan cruel?
Decidme: habeis entendido
la ocasion que ha habido aquí
para tanto estremo?

FED. Sí,
para mí bien claro ha sido.
Laura de vos se ofendió,
por vuestra desconfianza.

LIS. Ay, de mi loca esperanza!
qué neciamente murió.

ESCENA X.

FEDERICO, FABIO.

FAB. (Seguro me considero
que nada hablaron de mí.)

FED. Qué fué lo que dijo? Aquí
juntar lo que dijo quiero. (Saca un retrato.)
Bella imágen singular,
lo que digiste qué fué?

FAB. (Retrato?.... Ahora lo sé;
ya tengo más que parlar.)

FED. «Flérida ha sabido ya
que de aquí no te ausentaste,
y que con tu dama hablaste,
de que muy celosa está.

Mira bien en no nombrarme,
porque quien anda contigo
es tu mayor enemigo,
y vén esta noche á hablarme.»
(Acometiendo de improviso á Fábio.)
Viven los cielos, traidor,
que tú eres quien me ha vendido;
tú quien ha contado ha sido
que no me ausenté.

FAB. Señor,
qué cólera repentina
te ha tomado? Pues por qué
me tratas así?

FED. Yo sé
por qué, traidor!

FAB. Tu mohina
qué ocasion tiene? No entraste
aquí gustoso conmigo?
Pues qué indicio, qué testigo
en aquesta sala hallaste
no habiéndote nadie hablado?
Quién te ha dicho mal de mí?

FED. Despues, villano, que aquí
entré, supe que has contado
que anoche no me ausenté,
que á ver á mi dama fuí.

FAB. Despues que aquí entraste?

FED. Sí.

FAB. Señor, advierte.....

FED. Yo haré
que quedes escarmentado.

FAB. De quién aquí lo supiste?

FED. Mirá tú á quién lo digiste,
que ese me lo habrá contado.

FAB. Yo á nadie. (A morir dispuesto,
la verdad no he decir.)

FED. Vive Dios, que has de morir
hoy á mis manos.

ESCENA XI.

ENRIQUE, FEDERICO, FABIO.

ENR. Qué es esto?
FED. Es dar la muerte á un infame.
FAB. Detente, señor.
ENR. Mirad
que en palacio estais.
FED. Dejad
que su vil sangre derrame.
ENR. Cómo aquí tan descompuesto
así os mostrais? Sepa, pues,
la causa.
FED. La causa es
en la que un traidor me ha puesto.
Flérida, Enrique, ha entendido
que de aquí no me he ausentado.
ENR. De quién?
FED. Solo ese criado,
vos y yo lo hemos sabido.
ENR. Ella os lo ha dicho?
FED. Ella no;
porque cuerda y advertida
no se dá por entendida.
ENR. Quizá quien os lo contó
lo inventa.
FED. Eso no, porque
es la más interesada.
ENR. Bien puede estar engañada.
FED. No puede; y así no sé
otro medio de qué usar,
sino, en pena tan cruel,
hacer del ladron fiel,
y llegarle á confesar
la verdad.
ENR. Aunque yo fuera
entonces el más culpado,

por veros asegurado
á vos, en ello viniera,
si de su efecto pensara
que ser acierto podía.

FED. Pues en la confusion mia,
qué hiciérades vos?

ENR. Callara,
hasta ver lo que ella hacia,
y entonces obrara yo;
porque ó lo ha sabido ó no:
si lo ha sabido y su bella
discrecion pasa por ello,
contra vos no es ir obrando
hacer que lo sepa, cuando
ella no quiere sabello?
Si no lo ha sabido, ha sido,
hablando, ir contra los dos,
pues vendrá á saber de vos
lo que de otro no ha sabido.
Y así, lo que hiciera yo
fuera halagar al criado;
si calló, porque irritado
no lo diga ahora, y si no,
porque si lo dijo ya,
con la queja no volviera,
y ella obligada se viera
á declararse.

FED. Aunque está
de otra parte mi opinion,
la vuestra quiero seguir,
solo por poder decir
que no erré por eleccion.
(Volviéndose á Fábio que se halla retirado en el fondo.)
Fábio?

FAB. Señor....

FED. Ven acá.

FAB. Qué quieres?.... (Receloso.)

FED. Por qué de mi
huyes?

FAB. Por qué?

FED. Sí.

FAB. Porque
este demonio civil
que te habla al oido, no haya
dicho otra cosa de mí
tan falsa como la otra.

FED. Ya he llegado á descubrir
la verdad, y sé que tú
fuiste fiel.

FAB. Vaya si fuí!

FED. Un vestido en desenojo
te he de dar.

FAB. Ya soy feliz!
Vestida tengas el alma
con un ropon carmesí,
una calza de cristal
y una cuera de ambar grís,
en la vida perdurable.

FED. Mas esto me has de decir.

FAB. Y esotro, y cuanto quisieres.

FED. Flérida háte dicho á tí
algo de mi amor?

FAB. Ni esto.
Mas yo he llegado á inferir
que eres bobo en no entenderla.

FED. Pues dice ella algo?

FAB. Sí,
y mucho.

FED. Mientes, villano;
que su hermosura gentil,
que es garza que vuela al sol,
no se habia de abatir
al cobarde vuelo de
tan destemplado neblí.

FAB. Ay, señor, prueba unos dias,
ya que no á amar, á fingir.
y verás.

FED. Cuando tuviera
algun indicio esa ruin

villana malicia tuya,
no pudiera hallar en mí
resquicio por donde entrar;
porque si no más felíz,
más igual otro amor tiene
la posesion que le dí.

FAB. Luego tú nunca has amado
á dos? Pues haz cuenta.....

FED. Dí

FAB. Que no te holgaste en tu vida.

FED. No es amar eso; és mentir.

FAB. Tanto y más gusto.

FED. Pues cómo
se ama en dos partes?

FAB. Así:
Hay cerca de Ratisbona
dos lugares de gran fama,
que el uno Agere se llama
y el otro Macarandona.
Un solo cura servia
humilde siervo de Dios
á los dos, y así á los dos
misa las fiestas decia.
Un vecino del lugar
de Macarandona fué
á Agere, y oyendo que
el cura empezó á cantar
el prefacio, reparó
en que á voces aquel dia
gracias á Agere decia,
y á Macarandona no.
Con lo cual muy enojado
dijo al cura: gracias dá
á Agere, como si acá
no le hubiéramos pagado
sus diezmos! Cuando escucharon
tan bien sentidas razones
los nobles macarandones,
los bodigos le sisaron.
Viéndose desbodigar,

al sacristan preguntó
la causa; él se la contó,
y él dió desde allí en cantar
siempre que el prefacio entona
porque la ofrenda se aplique,
nos tibi semper ubique,
gracias á Macarandona.
Si tus dos feligresías
tienes de amor, ciego Dios,
cumple con ambas á dos,
y verás, qué á pocos dias
tu persona y mi persona
de bodigos nos comemos,
como á Flérida cantemos
algo de Macarandona.

FED. Pensarás que te he escuchado?
FAB. Pues no, si has oido atento?
FED. Sal de aquí, vete al momento.
FAB. Otra mosca te ha picado?
pues el Agerè te olvida,
de Macarandona digo
que no tendrás un bodigo
de amor en toda tu vida.
ENR. En qué quedamos?
FED. En que
hablaré á Flérida bella
sin disculparme, hasta que ella
por entendida se dé.

ESCENA XII.

ENRIQUE, despues FLERIDA.

ENR. A ver á Flérida vine;
dentro de su córte estoy
disimulado, á peligro
de ofender la estimacion;

pues es fuerza que haya muchos
que me conozcan, y voy
neciamente haciendo ofensa,
lo que fué en mí obligacion.
Pues si mi intencion ha sido
darle á conocer mi amor,
qué aguardo? por qué no empiezo
á ejecutar mi intencion?
Ella viene.

FLER. Vos aquí?

ENR. Aquí, gran señora, estoy
en vos pensando, y hablando
acá á mis solas con vos,
y á mis solas contemplando
vuestro rostro encantador,
que aunque evitais mi presencia
con implacable teson,
viven en mí tan presentes
vuestro rostro y vuestra voz,
que os hablo en el pensamiento,
y os veo en el corazon.

FLER. Qué decís?

ENR. Si mis palabras
os ofenden.....

FLER. Cómo no?

ENR. Ved que yo sé que con ellas
sirvo al duque mi señor.

FLER. Al duque! Pues os envia
el duque á mi córte hoy
para hablarme en esos términos?

ENR. Quién podrá decir que no?

FLER. Dos veces estraño, Enrique,
la plática, y son las dos,
una que así vos me hableis,
y otra que os lo sufra yo.
Idos de aquí, que si el duque
á mi córte os envió,
no fué para que así fueseis
al duque y á mí traidor.

ENR. Ni á vos, señora, ni á él

imagino que lo soy,
pues el duque es el que siente
todo lo que digo yo.

FLER. Venís en nombre del duque
conmigo á tratar de amor?
Casar por poderes, muchas
veces el mundo lo vió,
no enamorar por poderes;
y cuando aquesta razon
admita y por él me hableis,
mi lengua no os advirtió
que en él no me habiais de hablar,
sino cuando os hable yo?

ENR. Sí, señora; pero nadie
me impuso la condicion
de haber yo de callar siempre,
no hablándome nunca vos.

FLER. Pues si os he de hablar, Enrique,
alguna vez, será hoy,
para decir cuán en vano
el duque surcar pensó
con remos de pluma el fuego,
con alas de cera el sol;
y retiraos, ántes que
responda mi indignacion
con más declaradas voces
al duque, Enrique, y á vos.

ENR. Ya os obedezco, temiendo
mayor pena, si mayor
que dejar vuestra hermosura
puede haberla. (Muerto voy.)

ESCENA XIII.

FLÉRIDA, FÁBIO.

FLER. Mucho qué pensar me ha dado
este atrevimiento; amor,

déjame un rato siquiera
libre la imaginacion
para discurrir..... mas, quién
hasta aquí se ha entrado?

FAB. Yo,
parlerísima duquesa,
que enojadísimo vengo
por muchas causas que tengo,
para decir que me pesa
de haber tan chismoso estado;
aunque ya no es civil cosa
serlo, puesto que en chismosa
tambien vuestra alteza ha dado.

FLER. Qué quieres decirme en eso?

FAB. Qué quisiste tú, señora,
decir en esotro?

FLER. Ahora
ménos te entiendo.

FAB. El suceso
que yo te habia contado
de mi señor, se pudriera
porque en tu pecho estuviera
siquiera una hora guardado?

FLER. Pues á quién le he dicho yo?

FAB. A nadie sino es á él,
que colérico y cruel
en yéndote tú, embistió
conmigo con tal fiereza,
que á no llegarle á tener
me mata.

FLER. Por qué?

FAB. Por ser
parlerita vuestra alteza.

FLER. Pues si yo con él no he hablado,
cómo decírselo yo
he podido?

FAB. Pues si no,
el demonio lo ha contado;
esta es cosa declarada.
Y á fé que tenia de nuevo

que decir, mas no me atrevo.
FLER. Pues qué ha habido?
FAB. No sé nada.
FLER. Ha tenido algun papel?
FAB. No sé nada.
FLER. Dónde ha ido?
FAB. No sé nada.
FLER. Dí, ha venido
alguno que hable con él
en secreto?
FAB. No sé nada.
FLER. Casi á presumir me das
que ya arrepentido estás
de servirme, y que te agrada
el servir con más fineza
que á mí á Federico.
FAB. Pues
no es eso.
FLER. Pues qué?
FAB. Que es
parlerita vuestra alteza;
y él me ha de matar si á oillo
llega otra vez.
FLER. Lo que advierto
es que hasta ahora no os ha muerto.
FAB. No; mas vaya un cuentecillo.
«Con una dama tenia
un galan conversacion,
y gozando la ocasion,
una pulga se decia:—
«ahora no se rascará;
bien sin zozobra ni miedo
comer á mi salvo puedo».—
El galan, cansado ya
de la picadura impía,
á hurto de su dama bella
dió con la pulga, cuando ella
más á su sabor comia
entre brazuelo y sobaco:
viólo la dama al instante,

y halló la dama á su amante
á fuer de tomar tabaco,
y preguntó, con traidora
expresion, porque no hubiera
otro allí que lo entendiera:
«Murió ya aquella señora?»
Y él, con sonrisa forzada,
la mano así, respondió:—
«No, señora; aun no murió,
pero está muy apretada.»—
Y esta respuesta te doy
cuando cogido me advierto,
pues no importa no haber muerto,
si muy apretado estoy.

Fler. Salid.

Fab. Ahora hablar me toca.

Fler. No hableis.

Fab. Y es bien empeñarme
en hablar, para dejarme
con la palabra en la boca?
pues no has de irte sin que diga
cuanto de mi amo sé,
porque lo que yo empecé
no es bien que otro lo prosiga;
porque es la murmuracion
sarna empezada á rascar,
que no se puede dejar:
y eso que tengo razon
para no poder decir
por tu falso aleve trato,
que hoy ví que traia un retrato
de quien podrás descubrir
quién es esta dama bella
á quien tiene tanto amor,
pues ella misma mejor
lo dirá, si para vella
tienes industria. Esto y más
mi voz, señora, dijera
si tu lengua no temiera;
mas no esperes que jamás

te diga esto ni otra cosa,
y más cuando considero
que él es mi amo, y yo parlero,
y vuestra alteza chismosa.

ESCENA XIV.

FLERIDA, FEDERICO, despues LAURA.

FLER. Retrato tiene consigo?
Aquí de mi ingenio, aquí
de mi industria para hallar
decente modo sutil
de obligarle á que le enseñe.
Mas, cielos, él viene aquí.
FED. Querrá, señora, tu alteza,
pues me los mandó escribir
y es caso urgente, firmar
estos despachos?
FLER. No aquí.
Bajadlos luego al despacho;
y al mismo tiempo advertid
que teneis aquesta noche
muchas cosas que escribir.
Si os espera aquella dama
á quien tan fino servis,
que no os espere por hoy
podeis enviarle á decir;
que aunque es más breve jornada
la que habeis de hacer por mí,
es más segura la ausencia.
FED. (Qué escucho, cielos!)
LAUR. (Aquí
Flérida está y Federico.
Pues ella me quita así
las ocasiones, yo quiero
quitárselas á ella.)—En fin,

aquí me tienes.

FLER. Tú, Laura?
quién te ha mandado venir
esta vez?

LAUR. Como tu alteza
no sabe hallarse sin mí,
vine á tu lado.

FLER. Bien.—Vos
traed los despachos, é id
de camino á dar tambien
aquel aviso que os dí.

FED. No estoy tan favorecido
como vos lo presumís. (Sacando el pañuelo.)

LAUR. (La seña hizo.)

FED. Mis voces
esta vez atenta oid.—
Mi bien es muy imposible
señora de conseguir.
Alma es mia el padecer
y vida mia el morir.

LAUR. («Mi bien, señora, alma y vida,»
de sus voces entendí.)

FED. Está mi amor tan tirano,
cruel tanto mi sentir,
fiera tanto mi esperanza,
infeliz tanto mi fin.....

LAUR. (Lo que dijo ahora fué:
«esta cruel fiera infeliz.»)

FED. Hoy, que á costa de la vida
me tiene fuera de mí,
embaraza mi temor
el hablarte en esto á tí.

LAUR. («Hoy me embaraza el hablarte.»)

FLER. Pues para qué lo decís?

FED. No me culpes, ni conmigo
vayas enojada así,
pues será mi muerte, haciendo
al jardin sepulcro vil.

FLER. Está bien.

LAUR. (De lo que dijo

claramente percibí:
«mi bien, señora, alma y vida,
esta cruel fiera infeliz
hoy me embaraza el hablarte;
no vayas, pues, al jardin.»)

FED. Corro, señora, á servirte,
y vengo al punto.

FLER. Venid.

ESCENA XV.

LAURA, FLÉRIDA.

FLER. A fé, Laura, que llegaste
á buen tiempo.

LAUR. En qué te sirvo?

FLER. En hacer una fineza
por mí, pues solo me fio
de tu amistad.

LAUR. Qué me mandas?

FLER. Que en volviendo Federico
te pongas á aquesa puerta,
y con cauteloso aviso
no dejes que escuche nadie
lo que hablare.

LAUR. Pues qué habido
ahora de nuevo?

FLER. Yo he
de saber por raro estilo
quién es su dama.

LAUR. Quién es
su dama?

FLER. Sí.

LAUR. No imagino.....

FLER. Qué más quieres que declare?
Yo sé que tiene consigo.....
mas ya viene; ya no puedo

sin que él lo oiga descubrirlo,
pero licencia te doy
de que escuches lo que finjo;
retírate allí.

LAUR. Sí haré.
(Poco la licencia estimo,
que aunque tú no me la dieras
la tomara yo de oirlo.)

ESCENA XVI.

FLÉRIDA, LAURA, FEDERICO.

FED. Aquí están las cartas ya.

FLER. Tenedlas, pues, que es indigno
que en vuestra mano las firme,
ni que los secretos mios
os tengan por instrumento
de confianza, habiendo sido
á mi respeto traidor
y á mi decoro enemigo.

FED. Señora, en qué mi lealtad
ha faltado? En qué os desirvo
para que con ese nombre
infameis tantos servicios?

FLER. En qué, preguntais, teniendo
contra vos tantos testigos
que os acusen?

FED. Sepa yo
de ese cargo los indicios.

LAUR. (Qué tiene aquesto que ver
con saber qué dama quiso?)

FLER. Con cierta persona vos
me haceis traicion; yo he sabido
que os veis y os tratais con ella
dentro de palacio mismo.

FED. Vos sabeis quién es?

FLER. Ya sé
que es mi mayor enemigo.
FED. Señora, oid: que si yo
tuve en palacio escondido
al duque de Mántua.....
FLER. Cómo!
el duque?....
FED. Sí.
FLER. Luego ha sido
el duque ese caballero
que yo en mi palacio admito?
FED. Sí señora.
FLER. Oh, cuántas veces
sacó verdad el que dijo
mentira! Pues cómo vos
callado lo habeis tenido?
FED. Como habiendo de casarse
con vos, señora, hice juicio
que de amor delitos nobles,
no son traidores delitos.
FLER. Ahora entiendo cómo fué
fácil haberme traido
carta suya.
FED. Sí señora;
porque partiendo el camino,
el no llevársela yo
fué porque él por ella vino,
y yo en dársela cumplí.
FLER. Con él sí, mas no conmigo.
Pensareis que es este solo
de vuestra culpa el aviso
que tuve; dadme unas cartas
que sé que habeis recibido
hoy del duque de Florencia.
FED. Señora, humilde os suplico
os acordeis de quien soy.
FLER. Dadme las cartas, repito.
FED. Yo cartas? Tomad, tomad
cuantos papeles conmigo
traigo, y la llave de cuantos

tengo en casa, y si un resquicio
halláredes de traicion,
en mí ensangriente sus filos
esta daga.

FLER. Qué es aquello
que ocultar habeis querido?

FED. Es..... no es nada.

FLER. Lo que sea
he de ver.

FED. Ni este es indicio
de traicion, ni puede serlo;
y así, señora, os suplico
no le pidais.

LAUR. (Aquel es,
cielos, el retrato mio.)

FLER. Yo he de saber.

FED. Ya que solo
saberlo habeis pretendido,
un retrato es.

FLER. Hasta verle
no he de creerlo; mostrad digo.

FED. No.

FLER. Mostrad.

FED. Jamás!

LAUR. (Quitándole el retrato y trocándole con el que ella guarda.) Pues cómo,
traidor, podrás resistirlo?

FED. Laura, qué haces?

LAUR. Esto hago,
habiendo escuchado y visto
la plática; pues bastó
haber su alteza querido
verle, para que grosero
no intentases impedirlo;
toma, señora.

FLER. En tu vida
me hiciste mayor servicio

FED. (Qué has hecho, Laura?)

FLER. (Veamos
este encantado prodigio

de amor, sabré por lo ménos
quién causa los celos mios.)
Pero, qué es esto?

LAUR. Señora,
pues si es su retrato mismo.

FLER. Y esto ocultábades tanto?

FED. Tanto, señora, lo estimo.

FLER. Ya se deja advertir que
le estimais como á vos mismo.
(Turbada estoy.) Era su retrato,
has visto, Laura?

LAUR. Ya he visto.

FLER. Dale su retrato á ese
enamorado Narciso,
y dile..... mas no le digas
nada. (Apenas respiro.
Qué imperio es el que este hombre
ejerce en el pecho mio?) (Se vá.)

FED. Cómo habiendo la duquesa,
Laura, tu retrato visto,
no se da por entendida
ni contigo ni conmigo?

LAUR. Como troqué los retratos.....

FED. Bien conjuraste el peligro.

LAUR. Sí; pero siempre se queda
tan cabal como al principio.

FED. Remediarlo de una vez.

LAUR. Mañana te daré aviso
de cómo lo dispongamos.
Toma, y adios.

FED. Cuál ha sido
de los dos este retrato?

LAUR. El tuyo, por si á pedirlo
vuelve.

FED. Bien dices. (Laura se vá á tiempo que llega Fábio.)

FAB. Señor,
cuál de aquellos dos vestidos
he de ponerme?

FED. Villano,

infame, vil, mal nacido!
FAB. Eso tenemos ahora?
FED. Sí, pues que por tí, enemigo,
me he visto para perderme.
FAB. Y yo por tí no me visto.
FED. Pensaste que este retrato
era de dama, y no mio?
FAB. No señor, que yo bien sé
que te quieres á ti mismo.
FED. Vive Dios, que has de morir
á mis manos!
FAB. Jesucristo!
FED. (Pero mal hago; supuesto
que bien del lance he salido,
mejor es no hacer estremos.)
Fábio?....
FAB. Señor.....
FED. Ven conmigo,
y el mejor vestido toma.
FAB. Lo que es esta vez me visto.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala á piso bajo, con puertas laterales y en el foro. Fondo de jardin.

ESCENA PRIMERA.

FABIO.

Quien hubiere visto el juicio
de un miserable criado
que le perdió, solamente
porque le perdió su amo,
por señas de que era poco,
véngale manifestando,
pues no sirve allá de nada
y acá le darán hallazgo.
No hay nadie que diga de él,
por más que voy pregonando;
pero qué juicio se halló
perdido una vez? Volvamos
memoria, á hacer si os parece
soliloquios otro rato.—
Qué hay de nuevo? Qué se yo!
Qué significa, que cuando

de mi amo, más seguro
á mi parecer me hallo,
repentinamente embiste
á darme dos mil porrazos?
Significa que está loco.
Y cuando yo más culpado
huyo de él, darme un vestido
y hacerme dos mil halagos,
memoria, qué significa?
Significa estar borracho.
Fortísimas conclusiones
son entrambas, y no paso
á la tercera, porque
don Enrique viene hablando
sumissa vocce; y si ellos
se han de guardar en entrando
en esta sala de mí,
ganarles quiero la mano
y guardarme de ellos yo,
así por si escucho algo,
porque como si una vez
ha de estar conmigo airado
y otra afable, la iracunda
se sigue ahora; y acertado
será dejarla pasar
en vacio. Pero en vano
será, si no solicito
esconderme; si debajo
de este bufete no me entro,
otra parte no hay; qué aguardo?
pues no es la primera vez
que yo me habré embufetado.
(Escóndese debajo del bufete.)

ESCENA II.

FEDERICO, ENRIQUE, FÁBIO.

ENR. Qué mirais?
FED. Si alguien nos oye.

ENR. Allá fuera los criados
se quedan todos.
FAB. (No todos,
que yo de allá fuera falto.)
ENR. Decid.
FED. Cerraré primero.
Y ya que solos estamos,
escúcheme vuestra alteza,
que es tiempo de hablarle claro.
FAB. (Alteza?.... Bueno.)
ENR. Pues qué
accidente os ha obligado
á traerme aquí?
FED. Son dos,
y bien principales ámbos:
uno mio y otro vuestro.
El vuestro es revelaros
como estais ya conocido
de Flérida; y es en vano
afectar entre nosotros
secretos que saben tantos.
El mio.....
ENR. Antes que á él paseis,
decidme: cómo ha llegado
Flérida á saber quién soy?
FED. El cómo es el que no alcanzo;
que lo sabe sé.
FAB. (Oigan, oigan!
Alcahuetico es mi amo?)
FED. Esto es en cuanto á vos.
Si ahora en el mio he de hablaros,
palabra como quien sois
me hais de dar, de que guardado
ha de estar en vuestro pecho.
ENR. Palabra doy de guardarlo.
FED. Ya teneis, señor, noticia
de que á una hermosura amo.
Aqueste papel que el viento
trajo sin duda á mis manos,
carta es de mi libertad.

En breve concepto y claro
dice en él..... pero mejor
él lo dirá, disculpando
la verdad con que ella escribe
la fé con que la idolatro. (Lee.)
«Mi bien, mi señor, mi dueño,
llegó el momento anhelado;
tened para aquesta noche
prevenidos dos caballos
en la salida del parque,
enfrente á vuestro despacho,
que yo saldré á vuestra seña,
por que de los celos vamos
huyendo, si hay donde huir de ellos,
y adios que os guarde mil años.»
Esto escribe, y de vos solo
pude, gran señor fiarlo,
porque sé que me debeis
favores anticipados;
pues si vos de mí os valísteis
para vuestro amor y yo hago
hoy de vos la confianza
que de mí hicisteis, es claro
que lo que me debeis cobro,
ó lo que yo os debo os pago.
Para Mántua habeis de darme
cartas vuestras, y empeñaros
en mi defensa hasta que
ponga yo esta dama en salvo.

ENR. Tan agradecido estoy
al cielo, que me haya dado
ocasion en que yo pueda
vuestras finezas pagaros
con las mismas, que no solo
el favor tengo de daros
que me pedís; pero tengo
agradecido y ufano
de acompañaros yo mismo,
hasta que de mis Estados
la raya piseis, adonde

teneros por dueño aguardo.

FED. No señor, yo solo tengo
de ausentarme; más al caso
me haceis quedándoos en Parma,
teniendo yo vuestro amparo
allí para mi defensa,
y aquí para mi resguardo.
Ahora me importa buscar
á este demonio de Fábio,
que no le he visto en todo hoy.

FAB. (Pues cerca le tienes harto.)

FED. Que aún él no ha de saber nada.

FAB. (No por cierto.)

FED. Los caballos
ha de tener prevenidos
y á darle la órden parto.
Aquí á vernos volveremos.

ENR. No es este vuestro despacho?

FED. La duquesa gusta de esta
sala baja de palacio
para despachar, por ser
retirada, y por dar paso
á los jardines.

ENR. No cae
vuestra habitacion á un lado?

FED. Aquí.

ENR. En ella podemos
tratar mejor. Vamos?

FED. Vamos.

ESCENA III.

FÁBIO.

Quien escucha su mal oye,
suele decir el adagio;
pero muchas veces miente,

pues yo mi bien he escuchado,
puesto que de él cuatro cosas
importantísimas saco.
Saber quién es este huésped,
una; saber el estado
del amor de mi señor,
dos; ir ahora á contarlo
á Flérida, tres; y darme ella
cualquiera alhajilla, cuatro.
Ella viene; esta duquesa
tiene tan fino el olfato,
que luego me busca, que
tengo que decirla algo.
No viene sola; esperemos,
que ella acudirá al reclamo.

ESCENA IV.

FLÉRIDA, LAURA, ARNESTO, LISARDO.

FLER. No paseis ya de aquí.
ARN. Ya con Lisardo
me retiro.
FLER. Despues veros aguardo.
Mucho veros estimo,
Lisardo, ya de Laura perdonado.
LIS. Con tal favor ya mi esperanza animo.
ARN. Laura es muy hija mia.
LAUR. Y cómo ha estado,
señora, vuestra alteza?
FLER. Tú sabes cuánta ha sido mi tristeza!
LAUR. Divertirla procura.
FLER. Cualquier divertimiento,
crece mi sentimiento,
que es dolor que se aumenta con la cura.
Mas porque no se diga
que á dejarme morir mi mal me obliga,
convidad la belleza

de Parma y la nobleza
para un festin; veré si esta tirana
pasion en él descubre su homicida.

ARN. Tuya es mi voluntad.

LIS. Tuya es mi vida.

ESCENA V.

FLERIDA, LAURA.

FLER. Dichosa, Laura mia
tu, que serás esposa
de quien te amó!

LAUR. Díchosa
me juzga mi alegría
si la verdad te digo;
pues quien me amó se ha de casar conmigo.

FLER. Infelice de aquella
que á imposibles rendida
ha de perder la vida;
si bien ya de mi estrella
vencer el desvarío,
piensa la libertad de mi albedrio.

LAUR. Y es el mejor remedio;
mas dime de qué suerte?

FLER. Buscando á un mal tan fuerte
el más suave medio.

LAUR. Y cuál es?

FLER. Declararme.

LAUR. Eso es vencerle?

FLER. Sí.

LAUR. (Eso es matarme!)

FLER. Obedecer al hado
victoria es lisongera;
seré yo la primera,
Laura, que haya casado
desigualmente?

LAUR. (Hoy muero!)
FLER. Federico es muy digno caballero.
LAUR. Que es verdad te confieso.
FLER. Pues ya que en esto hablamos,
ay, Laura, discurramos
en el raro suceso
de aquel retrato suyo:
dime, que arguyes de él?
LAUR. Yo nada arguyo,
que como no me toca,
no ocupo en eso la memoria mia.
(De celos estoy loca!)
FLER. Por qué, dí, su retrato guardaria
con tan grande recato?
LAUR. No sé; mas no le diera su retrato
yo, sin mirar primero
la caja, que no dudo
que estar secreto pudo
con él el de su dama.
FLER. Así lo infiero;
mas qué discurre quien con celos ama?
LAUR. Pues no dudes que allí estaba su dama.

ESCENA VI.

FLERIDA, LAURA, FEDERICO, FABIO.

FED. Era hora, Fabio, de hallarte?
FAB. Tu misma pregunta es
mi respuesta, pues todo hoy
te ando á buscar yo tambien.
FED. La duquesa; no te vayas
que te he menester despues.
FAB. No haré (aunque despues ni antes
yo á tí no te he menester).
FED. Temeroso de sus iras
á hablarle llego.

FAB. Por qué?
FED. Por cierto estraño suceso.....
FAB. Acuérdate tú de aquel
cuentecillo, y verás como
sales de todo muy bien.
FED. Con qué?
FAB. Conque algunas gracias
á Macarandona dés.
FLER. Federico?
FED. Gran señora.....
FLER. Al fin os dejasteis ver.
Cómo venis hoy tan tarde
á verme?
FED. Porque pensé,
que á cualquier hora que os viese
seria el amanecer.
FLER. Lisonjas á mí?
FED. No son
lisonjas estas.
FLER. Pues qué?
FAB. Macarandonas, señora.
FLER. Ay, Laura mia, no vés
que se dá por entendido
ya de mi agrado?
LAUR. Hace bien.
FED. Fuera de que otra disculpa
valerme puede.
FLER. Cuál es?
FED. Como ofendida os juzgaba
conmigo, así dilaté
llegar á vuestra presencia.
FLER. En qué me habiais de ofender?
FED. Muy necio fuera en decirlo,
si ya vos no lo sabeis.
FLER. Aquesto no es no saberlo.
FED. Qué es?
FLER. No quererlo saber.
FED. Tanta fué más mi ventura
cuanta más la piedad fué
de vuestro olvido; supuesto

que sólo en las quejas, es
liberal el que las calla.

FLER. Yo soy liberal?

FED. Sí á fé,
que os ofendo, y no os quejais.

FLER. No entiendo el concepto bien.

LAUR. Si me das licencia, creo
que yo esplicarle sabré. (Seña del pañuelo.)

FLER. Sí doy. (De suerte lo esplica
que él entienda algo.)

LAUR. (Sí haré!)
Yo, que ánimo es generoso
estoy persuadida, en que
muriendo calle el dolor
de celos, pena ó desden.

FED. («Yo estoy muriendo de celos,»
dijo.)

FLER. Lo espresaste bien.

FED. No lo dudo, pero no
tienes razon esta vez.
Laura, prosigue y no dudes
de que te he de responder.

LAUR. Sí haré: (Claro dijo ahora:
«no tienes, Laura, de qué.»)
Luego si ánimo es callar,
saldré del concepto bien.

FED. Si tú sales como dices,
yo espero darte el laurel.

LAUR. Sentado esto así, al contrario
prueba ahora que avaro es,
puesto que ánimo no tiene
quien se queja, en que se ve
que solo quien quejas calla
es liberal al revés.

FED. Tuyo es el lauro, y yo, Laura,
soy quien le rinde á tus pies.

LAUR. Tuya es la alabanza, y yo
seré la que te la dé.
(Qué dicha! «Tuyo soy,» dijo.)

FED. (Qué favor! «Tuya seré,»

oí.)

FAB. Maestros son ellos,
bien se deben entender.

FLER. De toda vuestra cuestion
solo he llegado á saber
que es liberal quien no gasta
su sentimiento.

LAUR. Así es.

FLER. Pues supuesto que vos no
me pudisteis ofender,
ni tampoco yo de vuestras
ofensas quejarme sé,
ni yo tengo qué sentir,
ni vos teneis qué temer.

FED. Fábio, qué será que cuando
hallar enojos pensé
en Flérida, hallo favores?

FAB. Yo sé la razon.

FED. Cuál es?
Dila.

FAB. La Macarandona
de lo del amanecer
con que le diste.

FED. Dejemos
las burlas, y al punto ten
dos caballos prevenidos.

FAB. Dos caballos? Eso es.
Ya que celebrado has
en Macarandona, vé,
celebra en Agere.

FED. Calla.
(Perdóneme tu altivez
herida, Flérida hermosa,
que á esto se espone mujer
que se declara á quien sabe
que quiere á otra dama bien.)

LAUR. (En este lado del parque
á Federico cité;
corramos á prevenir
la salida.)

FAB. (Ya ella y él
se afufaron.)

ESCENA VII.

FLERIDA, FABIO.

FLER. Federico?
No está aquí.
FAB. Quieres saber
la causa porque no está?
FLER. Dila ya.
FAB. Porque se fué.
FLER. A dónde?
FAB. A Agere, presumo.
FLER. No te entiendo.
FAB. Yo hablaré
claro en tu Macarandona
como algo bueno me des.
FLER. Ya no quiero saber nada,
pues solo sirve el saber
de tener más que sentir.
FAB. Cómo que no? Pues de qué
me habrá servido el estar
más de dos horas ó tres
de gato en espera?
FLER. Digo
que me dejes.
FAB. No me des
alhaja; escúchame solo
de balde.
FLER. No hay para qué.
FAB. Toma esta cadena y oye.
FLER. Ya he dicho.....
FAB. Este anillo ten:
qué más quieres que yo tenga?
Qué quieres que yo te dé?
Quieres mi ropa de fiesta,

ó mi salario de un mes?
Mi vida, mi alma, cuanto quieras
te he de dar, si me oyes bien.—
Pues yo no he de rebentar;
adios, que yo buscaré
á quien decir, que esta noche
se afufa mi amo.

FLER. Ten
el paso; qué dices?

FAB. Nada.

FLER. Espera y dime qué es.

FAB. No quiero.

FLER. Aqueste diamante
toma y dilo.

FAB. Para qué
andamos haciendo puntas,
si yo criado y tú mujer,
uno muere por hablar,
y otro muere por saber?—
Mi amo y su dama tratado
tienen esta noche.....

FLER. Qué?

FAB. Irse por novillos.

FLER. Cómo?

FAB. Andando, pero no á pié;
que dos caballos me mandan
que en esa salida estén.

FLER. En esa salida?

FAB. El duque
de Mántua es, señora, quien
los ampara en sus Estados.
(Gloria á Dios que descansé,
venga ahora lo que viniere,
que primero soy yo que él.)

ESCENA VIII.

FLÉRIDA, ARNESTO.

FLER. Válgame el cielo! Hay igual

atrevimiento? Quién es?
Vos, Arnesto?

ARN. Ya, señora,
en nombre tuyo invité
á la nobleza de Parma
para mañana.

FLER. Está bien.—
(Qué haré yo para evitar
traicion tan baja y cruel?)
(Qué idea!)—Seais bien venido.

ARN. Siempre estoy á vuestros pies.
Qué me mandais?

FLER. Federico
me han dicho que ahora se vé
en cierto lance empeñado.....

ARN. Con quién?

FLER. No han dicho con quién.
Lance es de amor; hánme dicho
que á su rival esta vez
buscó ofendido, y que ahora
le llama por un papel,
en que dice que le espera
no sé dónde; ya sabeis
cuánto le estimo.

ARN. Y las causas
con que le estimais tambien.

FLER. Pues darme por entendida
del disgusto, fuera hacer
público el agravio.

ARN. Es cierto;
qué mandas?

FLER. Que le busqueis
esta noche, y donde quiera
que vaya, vais vos con él;
y si por dicha su brio
lo escusare, le prended,
llevando para este efecto
los que fueren menester;
de suerte, que hasta mañana
seguro está noche esté.

ARN. No le dejaré un momento.
Dónde encontrarle podré?
FLER. A esta estancia ha de venir;
y si tardare en volver,
id á su cuarto. (He de verle
hoy humillado á mis pies.)

ESCENA IX.

ARNESTO, FEDERICO, ENRIQUE.

ARN. Tiene razon la duquesa;
Federico es jóven, y es
impetuoso, y estos lances
no suelen parar en bien.
Corro en su busca.—Aquí está,
y Enrique viene con él. (Se retira al fondo.)
FED. Habeis ya escrito?
ENR. Estas son
las cartas, y en ellas fio,
que halleis en el favor mio
igual la satisfaccion
que á vuestros favores debo.
FED. Sois príncipe soberano,
y á fiar de vos, no en vano,
vida, ser, y honor me atrevo.
Quedad con Dios, que más quiero,
pues la noche llegué á ver,
esperar, que no perder
la ocasion.
ENR. Bien decís; pero
en parte me habeis de dar
licencia de acompañaros,
hasta que llegue á dejaros
solo, fuera del lugar.
FED. Perdonadme, que ir, por Dios,
acompañado no puedo,
que aún tengo á mi sombra miedo;

y pues recato de vos
mi amor, creed que si de mí
hoy recatarle pudiera,
aún de mí mismo lo hiciera.

ENR. Pues habeis de ir solo?

FED. Sí.

ARN. (Viniendo al centro de la escena.)
Guárdeos Dios.

FED. Quién es?

ARN. Yo soy,
que á vuestro servicio estoy,
y buscándoos vengo.

FED. A mí?

ARN. Soy vuestro amigo mejor,
y no me he de recoger
sin veros, y sin saber
cómo estais.

FED. Gracias, señor.
(Hay capricho más estraño?)

ARN. Qué hacíais.....? Qué se trataba?

FED. Con Enrique haciendo estaba
al tiempo aquel dulce engaño
de pasarle divertido
en buena conversacion.

ANR. Los cuerdos amigos son
el libro más entendido
de la vida; sí, porque
deleitan aprovechando.

FED. Despacio lo vá tomando.

ENR. (La plática atajaré
yéndome yo, porque así,
haya ménos de que hablar.)—
Licencia me habeis de dar.

ARN. Por venir yo os vais?

ENR. No y sí:
no, porque ya yo queria
irme antes de ahora, por Dios;
y si, porque estando vos
no falta mi compañía.

ARN. Id con Dios.

ESCENA X.

FEDERICO, ARNESTO.

FED. Ya hemos quedado
solos; teneis que mandarme?
Qué mirais?
ARN. Dónde sentarme,
porque vengo muy cansado.
Sentaos vos.
FED. (Bien conviene,
cielos, en mis penas hoy,
la prisa con que yo estoy,
á la flema con que él viene.)
Vamos, que dejaros quiero
en vuestra casa.
ARN. Despues;
que ahora temprano es.
FED. Temprano es ahora? (Hoy muero!)
(Ay, Laura! Bien mi cuidado
dice que perderte tema.)
ARN. Jugais cientos?
FED. (Linda flema
para un buen desesperado!)
No señor.
ARN. Porque dispuesto
á salir de casa hoy,
ya que fuera de ella estoy,
no quiero volver tan presto.
FED. (Presto le parece ahora?)
Yo lo hacia por volver;
que me ha mandado hoy hacer
un despacho mi señora
la duquesa, á que asistir
toda aquesta noche habré.
ARN. Venga; yo os ayudaré,
que yo tambien sé escribir.
FED. En eso habia de ocuparos?

ARN. Por qué no si de eso gusto?
FED. A más de que fuera injusto,
cuando vos me honrais, cansaros,
la causa por que queria
dejaros en casa, era
que á un amigo ver quisiera.
ARN. Yo iré en vuestra compañía.
Qué visita puede haber
en que yo os pueda estorbar?
Y si importare esperar,
lo haré hasta el amanecer.
Y si es por dicha de amor
la visita, bien sabré
la calle guardar, si á fé.
FED. Créolo de vuestro valor;
mas solo he de ir; guárdeos Dios.
ARN. Acabaos de persuadir
á que vos no habeis de ir,
ó tengo yo de ir con vos.
FED. Pues qué, señor, os obliga?
ARN. Por qué no lo preguntais
al cuidado con que estais?
FED. No sé, señor, lo que os diga,
que yo no tengo cuidado.
ARN. Yo sé bien el que teneis,
é ir á donde vais no habeis,
si no es de mí acompañado.
Yo sé que alguien os espera
llamado por un papel.
FED. (Quién vió suerte más cruel?
Quién vió situacion más fiera?)
ARN. A mi fama y á mi honor,
habiéndolo ya sabido,
importa, puesto que he sido
de Parma gobernador,
estorbarlo; ved con esto
cómo os puedo yo dejar
declarado ir á agraviar
mi honor y fama, supuesto
que si ya dejaros quiero,

ofendo una y otra vez,
ó la dignidad de juez,
ó la ley de caballero.
Y uno y otro, vive Dios,
me obliga, otra vez lo digo,
á que aquí os tenga conmigo,
ó á que allá vaya con vos.
Porque llegando á alcanzar
el agravio que hecho habeis,
cómo que os deje quereis?

FED. (Qué mas se ha de declarar?)
Bien os confieso, señor,
las razones que teneis;
mas seguro estar podeis
que vuestra fama y honor
no se desluzcan por mí.

ARN. Yo que habeis reñido sé;
sé que os han desafiado.

FED. No estais de más informado?

ARN. No.

FED. Pues yo no os lo diré;
y sin vos sabré yo ir
á cumplir mi obligacion.

ARN. Y no sabrá mi opinion
la suya tambien cumplir?

FED. Sí sabrá; mas quien me espera
mi ausencia no ha de culpar.

ARN. Eso sabré yo estorbar.

FED. Cómo?

ARN. De aquesta manera.
Hola! (Se presentan dos criados.)
La guardia llamad
de palacio. En conclusion,
id á vuestra habitacion,
tranquilo en ella quedad.
Yo en esta parte apostado
con la guardia iré tras vos.

FED. No ha de faltar, vive Dios,
salida por otro lado.
Razon es obedecerte.

Guarda tú la calle, en fin,
y gane yo ese jardin,
y haga lo demás la suerte.

ARN. Hoy mi celo ha de premiar
la duquesa mi señora;
ya le guardé en casa, ahora
la calle corro á guardar.

ESCENA XI.

LAURA, despues FLÉRIDA.

(Durante esta escena ha oscurecido completamente.)

LAUR. Esta es la hora; que ya el dia
sus postreras luces cambia
en nocturnas sombras. Nadie.
Tal vez Federico aguarda
ya en el jardin; premie amor
empresa tan arriesgada,
y proteja la fortuna
mi intento. No se oye nada.
Fuerza es salir al jardin.

FLER. Quién está aquí? Alguien anda
en este sitio..... quién? (A media voz.)

LAUR. (Flérida
aquí? El ingenio me valga.)—
Quien aquí esperando está,
porque Flérida lo manda,
para conocer quién es
quien de la noche amparada
tantos respetos ofende,
tantas inquietudes causa.

FLER. Laura..... (A media voz.)

LAUR. Quién es? (Lo mismo.)

FLER. Soy yo.

LAUR. Tú?....

Tú, señora?.....

FLER. Calla..... calla!
No esperaba yo que hoy
vinieras.....

LAUR. Mi celo agravias;
hé menester yo, señora,
lo que una vez se me encarga
escucharlo cada dia?
Fuera de que ha habido causa
que me ha obligado á venir.—
(Por si algo sabe, engañarla
quiero con la verdad misma.)
Estando en esas ventanas
que caen sobre el parque, oí
que unos caballos piafaban,
y como ví novedad
afuera, quise apurarla
reconociendo el jardin.

FLER. Las señas que das son tantas
y tan unas con las señas
que yo tengo, que doy gracias
á tu cuidado; dí ahora
qué has visto en el jardin?

LAUR. Nada,
pues no ha habido hasta ahora seña
de lo que mi celo aguarda.
Pero bien te puedes ir,
que estando yo, no haces falta.

FLER. No haré; que en esta ocasion
tú sola acaso no bastas.

LAUR. Vete.

FLER. Yo he de estar aquí
contigo. (Llaman en la puerta del fondo.)

LAUR. (Cielos!)

FLER. No llaman?

LAUR. El viento engaña mil veces. (Vuelven á llamar.)

FLER. Pues ahora el viento no engaña.
Abre y responde.

LAUR. Yo?

FLER. Sí.

Llegaré yo á tus espaldas,
veremos quién es, y á quién
busca, si llega á nombrarla.

LAUR. Mi voz es muy conocida.

FLER. Hay más que disimularla?
Llega, digo.

LAUR. (Que aún la seña
del pañuelo no me valga!)

FLER. Qué temes?

LAUR. Que me conozcan
en oyéndome.

FLER. Qué estraña
estás! Llega ya.

LAUR. Quién es?

FED. (Dentro.)
Soy Federico; abre, Laura.

LAUR. No lo dije yo, que habian
de conocerme en el habla?

FLER. Razon tienes.

FED. (Dentro.) Laura.

FLER. No oyes?
Te llaman..... por qué te llaman?

LAUR. Es..... porque me han conocido.

FLER. Ahora si que verdad tratas;
y ahora tambien pienso yo
que te he conocido, Laura.
Abre y contesta..... contesta
y abre..... soy yo quien lo manda.

(Laura abre la puerta del fondo, en la que asoma Federico.)

LAUR. Caballero, no soy yo
á quien buscais.

FED. Cómo?

FLER. (Acosándola en voz baja.) Habla.

LAUR. Id con Dios. (Obligada.)

FED. Laura, mi bien,
no fué culpa la tardanza,
escucha y mátame luego,
ó harás que á matarme vaya.

FLER. Qué quieres decirme?

FED. Que
esa fiera, esa tirana
de Flérida me ha estorbado
llegar antes; mas qué aguardas?
Los caballos en el parque
esperan; ya tengo cartas
del duque, que me aseguran
el vivir contigo en Mántua.
Ven conmigo, que aunque ya
cerrarnos el paso tratan,
no importa, como una vez
contigo al camino salga.

LAUR. (Si más que decir tuviera,
más dijera, estoy sin alma.)

FLER. Sal, espera en el jardin.

FED. Tuya es la vida y el alma,
y yo te obedeceré;
pero quedas enojada?

FLER. No.

FED. Ven.

FLER. Voy.

FED. (Saliendo.) Te espera el alma.

ESCENA XII.

FLERIDA, LAURA.

Flérida cierra la puerta del fondo, y despues se dirige á Laura, asiéndola de una mano.

FLER. Hola!.... aquí luces!

LAUR. (Sobrecogida.) Señora.....

FLER. No salgas de aquí..... no salgas!
Ya traen luces..... no te muevas.
(Salen dos criados con luces.)
Que nadie sospeche..... Calla,
si no quieres que esta mano

entre las mias deshaga.
(Los criados desaparecen á un ademan de Flérida.)
Ven aquí..... mírame, tú
que en la sombra te recatas;
tú, que acaricias de frente
y asesinas por la espalda,
un solo instante si puedes
contémplame cara á cara
sin temblar, y sin caer
avergonzada á mis plantas.
Y eres tú aquella, en quien yo
ciega de amor confiaba?
Tú, á quien hice de mis íntimos
cuidados depositaria,
así á mi amor correspondes?
Así mis finezas pagas?
Plegue al cielo, pues que así
me hieres y me maltratas,
plegue al cielo en este dia
fiera, infiel, aleve, ingrata,
plegue al cielo!.... Mas, qué digo?
Olvida ya mis palabras
esta vez, y toma ejemplo
de mis sentimientos, Laura:
que ingrata fuiste conmigo
esta vez, y aun se me marcha
tras de tu amor, este necio
corazon que despedazas.
Quién es? Arnesto.

LAUR. Mi padre.

FLER. No temas, mi amor te ampara.

ESCENA XIII.

FLERIDA, LAURA, ARNESTO, FABIO.

ARN. Tú, Fabio, me has de decir,
á qué propósito estabas

en el parque con aquellos
caballos.

FAB. Señor, repara
en que yo en mi vida estuve
á propósito de nada,
porque soy hombre muy fuera
de propósito.

ARN. Qué causa
te llevó allí?

FAB. Señor, yo
tengo de sentarme gana
á la mesa con mi amo,
y así hago lo que me manda.

ARN. Con quién Federico, dime,
ayer riñó?

FAB. Con su dama
debió de ser, pues no vió
la hora de echarla de casa.

ARN. Yo te haré que la verdad
digas de todo; no haya
miedo que te escapes.

FAB. Eso
dijo un doctor yendo á caza;
que viniendo uno á decirle,
allí está una liebre echada
en su cama, déme ucé
su arcabuz, para tirarla
primero que se levante,
le respondió en voces altas:
«que se levante no temas;
porque estando ella en la cama,
y siendo yo quien vá á verla,
qué vá á que no se levanta?»

ARN. Mucho me huelgo que estés
ahora, Fábio, de gracias.

FAB. Son naturales.

ARN. Señora,
yendo á hacer lo que me mandas,
ántes prendí á Federico,
y dejándole con guardas

en su cuarto.....

FLER. Cierto que
le guardásteis muy bien.

ARN. Gracias.
Fuí á ver si hallaba en el campo
al hombre que le esperaba,
y al criado hallé con dos
caballos.....

FAB. Pues en qué agravia
á nadie tener caballos
un hombre?

ARN. Mira qué mandas
hacer de él y del criado.

FLER. Que aquí á Federico traigas,
pues sólo fué mi intencion
evitar una desgracia,
y que sueltes al criado.

FAB. Beso mil veces tus plantas.

ARN. Voy por Federico luego.

LAUR. Señora, mira que trazas.
Duélete de mi opinion.

FLER. Yo estoy contigo.

ESCENA XIV.

FLERIDA, LAURA, ENRIQUE, FABIO, LISARDO, despues FEDERICO y ARNESTO.

ENR. Si alcanzan
por forastero mis dichas
algun lugar en tu gracia,
que des libertad te pido
hoy á Federico.

FLER. Nada
me pedís en eso, puesto
que él tiene libertad tanta.—
Mas decidme, vos, Enrique:

habeis hoy tenido carta
del duque?

ENR. Yo..... no señora.

FLER. Yo sí, y debeis mañana
salir de aquí, pues aquí
nada haceis, y allí haceis falta.

LIS. Dame tu mano, y permite
que bese la suya á Laura
en albricias de mis dichas,
pues ahora en estas cartas
tuve la dispensacion
que há tanto tiempo que aguarda
mi deseo.

FLER. A muy buen tiempo
ha venido. Llega, Laura;
y vos llegad, Federico,
que quiero..... (el cielo me valga!)
que..... yo..... deseo..... que deis
la mano de esposo á Laura.

FED. LAUR. } Qué decís?

FLER. Que soy quien soy.

ARN. Pues, señora, no reparas
que ofendes mi honor?

LIS. No miras
que mis finezas agravias?

FLER. Esto, Lisardo, esto, Arnesto,
importa á los dos.

ARN. Ya halla
nuevas razones mi honor
en solo aquesa palabra
para que no lo consienta;
que no ha de decir la fama
que por oculta razon
diste á Federico Laura.

FED. Que sea pública ú oculta,
qué pierdes conmigo?

ARN. Nada.
Mas basta ser sin mi gusto.

LIS. Yo sabré en esta demanda

perder la vida.

FLER. Qué es esto?

FED. Y yo sabré sustentarla.

FLER. Si el ser esto gusto mio,
y el mandarlo yo no basta,
baste saber que á su lado
se pone el duque de Mántua.

ARN. Quién?

ENR. Yo, que á Flérida bella
sirviendo estoy en su casa,
y tengo de defender
á Federico y á Laura.

FLER. Y yo tambien.

ARN. Tú, señora?
Si los defiendes y guardas
tú, qué más honra espero?

ENR. Yo aquí, rendido á tus plantas....

FLER. Esta es mi mano, que quiero
ya de lo que fuí olvidada,
acordarme de quien soy.

LAUR. Dichoso fin de mis ansias.

FLER. (Ocupando el centro de la escena.)
Esta comedia, que hoy ves
pobremente interpretada,
como propia es celebrada
en el teatro francés;
y en mengua del nuestro es
que aún ocupe su atencion
la francesa traduccion,
dando á un olvido fatal
el precioso original
de nuestro gran Calderon.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid.—En la contaduría del Teatro Español, calle del Príncipe, y en la librería de los señores viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

En provincias.—En casa de los corresponsales de la Agencia del *Repertorio Moderno*, ó pidiendo las obras directamente á los directores gerentes de la Agencia, Teatro Español, Madrid.

PRECIO DE ESTA OBRA, DOS PESETAS